

000
005
010

8

1

XVIII

D - 8





LLOYD GEORGE



LOS SEÑORES,
LA TIERRA
y el PUEBLO

PRÓLOGO Y TRADUCCIÓN DE
RAMON JAEN Y
FERNANDO MENESES

LOS SEÑORES, LA TIERRA Y EL PUEBLO

REG.

PAP.

1/3708

XVIII

D-8

DAVID LLOYD GEORGE

MINISTRO DE HACIENDA DEL GOBIERNO LIBERAL BRITÁNICO

LOS SEÑORES LA TIERRA Y EL PUEBLO

VERSION ESPAÑOLA DEL
INGLES Y PROLOGO DE

FERNANDO MENESES Y RAMÓN JAÉN



LIBRERIA GENERAL DE
VICTORIANO SUÁREZ
PRECIADOS, NÚM. 48.

MADRID - IMPRENTA DE
PRIMITIVO FERNÁNDEZ
VALVERDE, NÚM. 33.

OBRAS DE RAMÓN JAÉN

L'Almanguená (Novela), *agotada*.

Cuentos. Un volumen.

La Oración del Huerto (Novela).

Principios de Derecho y Derecho vigente.—

En colaboración con el Sr. Hernández Sampelayo, *segunda edición*.

PRÒXIMA Á PUBLICARSE

Cárcel de Amor (Novela).

PROLOGO

Los prólogos son letra muerta; ésta es cosa que, de puro sabida, está ya olvidada. Los tolerantes con esta clase de literatura, á lo más que se atreven es á leer la primera página y las tres postreras líneas de la última. Y nosotros, que sabemos esto, parece como que incurrimos en el grave mal de gastar el tiempo en algo que no ha de tener ninguna utilidad, ya que de antemano le aseguramos la vida que le espera. Pero no hay remedio; no podemos pasar por otro punto. La manera de ser de este libro nos obliga á ello, y como si esto no fuera bastante para justificar el presente prólogo, ya habrán visto los lectores que se trata de una traducción, y una traduc-

PRÓLOGO

ción sin prólogo es un pecado en la república literaria. Hay que cumplir con la costumbre.

Y, á lo que importa:

Se trata de un libro de lucha, en el buen sentido de la palabra; de un libro donde se contienen las ideas por las que combaten las izquierdas reunidas de la política inglesa, contra el predominio de las derechas concentradas de aquel Parlamento. Es, ni más ni menos, que el ejemplo de España.

Nuestras izquierdas radicales se reorganizan y unen, buscando en su cohesión solucionar el problema religioso; las izquierdas del Parlamento británico, más afectivamente unidas, más dispuestas para su obra, acogen el presupuesto de Lloyd George, y haciendo de él un programa definido, categórico y concreto, buscan la solución al problema económico.

Esta es la diferencia: que las izquierdas inglesas van más allá que nosotros, se preocupan de algo más hondo. Mientras aquí perdemos el tiempo en lo que, más bien que programa de unos partidos,

parece una digresión, allí se convencen de que no basta que los preceptos legales reconozcan los derechos de los obreros, sino que hay necesidad de hacer de éstos hombres efectivamente libres, lo cual no podrá ser mientras continúen subordinados exclusivamente al salario. Esta condicionalidad absoluta les tiene condenados á esclavitud, y así decía uno de sus defensores: «No hay derecho efectivo, si quien ha de ejercitarlo carece de un pedazo de pan.» En una palabra: las izquierdas de acá, por el problema religioso; las de allí, por el económico.

Esta última es una de las cuestiones á la que la democracia inglesa pretende dar solución, y con noble proceder abdica de otras ambiciones, se desliga de sentimientos puramente humanos y se unen unos partidos á otros por el afán de conseguir esta noble idea. Es la justa reacción que había de producir esa marcha portentosa de la Gran Bretaña por los caminos del comercio y la civilización. Ya lo predijo, allá por el año 1880, Henry George cuando escribía

en su libro Progreso y Miseria: Toda civilización que progresa, tiende directamente á elevar en todos sentidos el poder del trabajo humano para satisfacer sus deseos; á extirpar la pobreza y desterrar la necesidad y el temor que ella inspira. Todo lo que constituye el progreso, todas las condiciones que el adelanto de los pueblos se esfuerza por alcanzar, aspiran, como resultado directo y natural, á la mejora de la condición material (é intelectual y moral, por consiguiente), de cuanto se halla bajo su influencia.

Pero el trabajo no puede alcanzar los beneficios con que le brinda el adelanto de la civilización, porque son interceptados. Siendo la tierra necesaria al trabajo, y hallándose reducida á propiedad particular, todo incremento en el poder productivo del trabajo, sólo hace aumentar la renta — el precio que el trabajo ha de pagar para poder utilizar sus facultades—, y de este modo, todas las ventajas alcanzadas por el progreso en marcha, se dirigen hacia los señores de la tierra, y los salarios no aumentan.

Los salarios no pueden aumentar, porque cuanto mayor sea la recompensa del trabajo, mayor será el importe que éste necesitará pagar de lo que obtenga para poder trabajar y ganar algo siquiera.

Y de este modo vemos cómo en la actual Inglaterra, mimada de todos los prestigios y con un comercio internacional asombroso, viven miles de miles de obreros que no ganan lo suficiente para sus necesidades.

Otro problema que allí está en pie es el de la tierra, cuyos propietarios, enriquecidos por el esfuerzo de la colectividad, que aumenta el valor de los predios mediante esa fuerza expansiva que caracteriza al comercio, se niegan á devolver en forma de impuesto parte de la riqueza ó beneficio obtenido sin ningún trabajo y que representa la suma de una actividad asombrosa y, por tanto, la miseria y el hambre de quienes la dieron, ya que no obtienen por ella más que un mezquino salario.

Esta es la preocupación de las izquierdas parlamentarias inglesas, y á resolverla van.

Por eso este libro tiene todo el valor de una página de la historia de un pueblo fuerte en un momento crítico de su vida; porque condensa el pensar de ese pueblo en ese trance, porque sólo una idea reúne diversas tendencias políticas y torna por el prestigio y la consideración de las masas, y cumple paso á paso las palabras lanzadas en el calor de una oración de vida, que fué un grito que decidió á todo un proletariado contra el predominio de las derechas concentradas.

Y lo laudable de este hecho es que la conjunción radical-democrática se inspira en el bien de todo el bajo pueblo inglés, dejando á un lado ambiciones políticas. En cierta ocasión escribía Tocqueville á madame Swetchine: «Nos acostumbramos tan fácilmente á la idea de la miseria de los demás, que un mal, cuya intensidad se hace cada vez mayor para el paciente, cuanto más se prolonga parece menor

al que lo observa, por el solo hecho de su duración.» Esto, tan atinadamente observado, ha encontrado una excepción en el actual sentir de las izquierdas de la Cámara popular inglesa.

Y ese sentir está contenido en este libro, de cuyas líneas vibrantes se levanta una doctrina clara, diáfana, sin retóricas, sencilla, y dice al pueblo lo que es suyo y lo que hay que darle. Pero, en esa doctrina, no hay sólo ideas, hay algo que vale más, y es una buena voluntad y una precisa conciencia del deber que, en su marcha, lo arrolla todo, dice las cosas como son, y cuando se encuentra frente al gesto severo de los señores, en cuya actitud se vislumbra un reto, inunda la frase de una sutil ironía y dice al pueblo, calurosamente, en lenguaje llano, de dónde viene el hambre y cómo puede remediarse. Y es en vano que ese areópago de poderosos pretenda convencer al hombre que piensa así; está aferrado á sus convicciones, y no sabe sino darlas todo el fervor que merece una religión.

Ese hombre es Lloyd George, que ha nacido en el pueblo y vive en él. Y valientemente inicia un movimiento financiero, que confunde á los Tory y clama ante el país verdades, que son amenazas á ese poder de los lores que lo avasalla todo con sus cadenas de oro. Rudamente ataca á la intransigencia de los poderosos, que mantiene firmes, aun á costa de la estabilidad de un pueblo, rancias instituciones que consolidan un poder que es poco menos que feudal y que encarna en el egoísmo de unos pocos, quienes, á medida que lo van satisfaciendo, arraigan la desdicha en las clases obreras del país. Claramente, sin veladuras, nos señala las tierras sanas y aptas para un cultivo, hoy yermas, porque los señores prefieren dedicarlas á objeto de sus recreos, sin que por ello tengan que contribuir más que como tierras incultas, confundiendo de este modo el derecho de propiedad con un derecho absolutista, que difunde por el país el hambre y la miseria.

El proletariado inglés, y más que éste la pobla-

PRÓLOGO

ción rural de ese país, han sido ultrajados con ese concepto amplísimo de la propiedad, que supone un despojo al individuo de sus derechos más rudimentarios.

Pero el obrero inglés ha reflexionado un momento, y sin vacilar ha declinado su opinión del lado de las izquierdas, donde un racionalismo puro ha demostrado que hay algo en los pueblos que debe preocupar sobre todo, y es el pan de los caídos.

Y así, de ese modo, con esos afanes, van camino de solucionar el problema terrible de Els Vells y de impedir que pululen por las calles del Reino Unido esas comitivas sombrías de hombres astrosos, en cuyos rostros, de pómulos apuntados, fosforecen unos ojos febriles en una mirada fija, que no se sabe si es de ira ó de idiotez.

F. M. y R. J.

LOS SEÑORES

Inglaterra es una nación de cuarenta y cinco millones de habitantes, nación que ha sido tan hábil en el arte del gobierno, que ha formado el poderío colonial mayor del mundo. La consolidación de aquél afirma, ó su gran poder ó su gran política. Bien pudieran ser uno y otra. Pues, á pesar de ello, han dicho los lores que esta nación es incapaz de hacer sus leyes y de organizar su hacienda, y que, por lo tanto, se la debe sujetar á tutela, como si fuera una nación de locos ó de niños.

¿Quiénes serían, en tal caso, los tutores? Los lores no se atreven á decirlo; pero la gravedad de sus aspectos y su compostura política, *mesurada* y *severa*, está pidiendo á voces esa tutela. Lo malo para ellos es que el pueblo inglés se siente en pleno uso de razón.

I

¿Quién ordenó que unos cuantos tuvieran la tierra de Inglaterra como una regalía?

¿Quién ha sido el que se atrevió á hablar acerca de la Constitución con el propósito de alterarla en su naturaleza? El partido constitucional, el gran partido constitucional, que no puede asistir en silencio á la obra nuestra, y clama en el Parlamento y en la ciudad contra ella, porque no quiere tolerar una reforma cuyo espíritu se inspira en que los derechos de cada cual deben tener en la vida idéntica consideración á la que han alcanzado en los campos de la Ética.

Mientras la Constitución daba rango y poder, no ofrecía motivos para ser atacada, ni siquiera alterada en sus cualidades más accidentales; mientras legitimó

los desmedidos egoísmos de unos pocos y afirmó estabilidad á unos derechos, que no eran tales, de los más grandes terratenientes ingleses, vigorizó las contribuciones de los de abajo, asegurándolas con las multas y todo el negro cortejo de la exacción y el apremio; mientras reconoció el imperio de unos escritos y unas subordinaciones inícuas, la Constitución era algo sagrado, algo que había alcanzado el prestigio de la religión, algo inviolable que ningún hombre podía tocar y que una nación celosa de su vida debía colocar bajo su amparo y asegurarle, por todos los medios posibles, su integridad.

Mas, desde el momento en que la Constitución, esclavizada, como las instituciones, á la acción innovadora de los tiempos y de las ideas, evoluciona y comienza á descubrir que hay millones de hombres desamparados y que, como todos, tienen un derecho supremo, el de la vida, y que la nación en quien han depositado su fe y sus entusiasmos les olvida, no oye sus amarguras, ni les atiende en sus quejas; desde ese

momento en que las izquierdas monárquicas comienzan á hacerse eco de tanta desdicha y piensan en los modos de resolverlas, quieren los señores que la Constitución caiga hecha pedazos. Y así, este deseo ha venido á dar un carácter transcendental á las vigorosas reformas que en la vida británica piensa introducir el partido liberal en provecho de todo el pueblo del Reino Unido. Porque, no hay duda, las obcecaciones é intolerancias del partido conservador son las que han hecho comprender al proletariado sus derechos, quien ahora exige imperativamente, en tonos autoritarios, satisfacciones, que á lo más que se atrevió en otros tiempos fué á plantearlas con voz balbuciente y tono suplicante.

Todo lo cual ha dado lugar á que se pregunte categóricamente: ¿Quinientos hombres, elegidos accidentalmente de entre los que no tienen profesión — la totalidad casi de los que componen la Alta Cámara inglesa —, deben ó no supeditar su juicio al juicio deliberado de millones de gentes, que están comprometi-

das en la industria y el comercio y que mueven con la actividad de sus brazos la máquina nacional? Pero no es esta toda la cuestión, porque en seguida se ocurre preguntar: ¿Quién ordenó que unos cuantos tuvieran la tierra como una regalía? ¿Quién hizo á un número escasisimo de hombres propietarios del suelo y al resto de nosotros desheredados y esclavos de ese mismo suelo? ¿Quién es el responsable de que un hombre se halle comprometido toda su vida en una labor titánica, para obtener, á cambio de su esfuerzo, una suma que no es nunca suficiente para reparar sus fuerzas, gastadas en el trabajo? ¿Qué ha hecho otro hombre que, sin trabajar, recibe cada hora del día y de la noche mucho más de lo que su pobre vecino obtiene en todo el año como precio á su trabajo, brutal y acabador? ¿Cómo esto no es un mérito para que cuando las fuerzas del obrero se agoten, y se entorpezcan sus manos, y cieguen sus ojos, la sociedad, de la que fué esclavo toda su vida, no le ampare y le haga fáciles sus

últimos años? ¿De dónde procede tanta arbitrariedad?
¿Qué mano la escribió?

Estas cuestiones, que son siempre una inquietud para los hombres de buena voluntad, entrañan el eterno problema. No está en nosotros el pensamiento de resolverlo; esto sería un alarde inconcebible que nos pondría en ridículo; pero lo que sí podemos afirmar con todas las energías que nos da nuestro convencimiento, es que esa desigualdad irritante, que ese predominio de los unos sobre los otros, que este estado de cosas que, como en tiempos muy pasados, nos divide en castas, puede tener, no una solución absoluta, pero sí un alivio fácil. Y á él vamos decididos, no sólo ayudados de buenos deseos, sino de algo que vale mucho más, del pueblo, de su opinión, pues éste ha llegado ya á ese nivel moral codiciado en que se tiene conciencia del mal que se padece y de los medios que pudieran aliviarle.

II

La intransigencia de los señores ha originado una grave cuestión.—Por fin, la desavenencia entre el pueblo y los señores se plantea en debate.—Ha llegado el tiempo de contener la preponderancia de la Alta Cámara.—¿Qué es la Cámara de los Comunes?—Cómo trata á los hombres de negocios la Cámara de los Lores.—¿Es ésta representativa?—¿Por qué los lores no aprobaron el presupuesto?—Hay una gran diferencia entre proteger á los propietarios y proteger á los obreros.—La nación más pródiga es la que desperdicia libertad.—El veto.

Al rechazar la Cámara de los Lores el proyecto de presupuesto que el partido liberal había presentado, cierra con ello un capítulo en la historia del pueblo inglés, que se abrió para la historia del proletariado, hará unos setenta años, con el aplauso de todos, ya que las doctrinas pregonadas entonces auguraban tiempos venideros de concordia y bienestar. Desgra-

ciadamente, aquellas teorías no llegaron sino á ser esperanzas luego, y, más tarde, desengaños, que llevaron el desaliento á las masas, produciendo la reacción de hoy, cuya resultante será el poder de la democracia arraigado á la soberanía; no como los otros hicieron, merced á palabras que entusiasmaron un momento á la opinión, sino mediante hechos que legitimen nuestras ideas y nuestras aspiraciones.

Desde ahora principia otro nuevo capítulo para la historia del pueblo inglés, pero no como aquél, que nuestras palabras traen esplendores de verdad y la garantía de cuanto decimos está en los tiempos, á cuya influencia no podemos sustraernos si es nuestro afán caminar al paso de los que han conquistado para el hombre sus derechos más indispensables.

Una política más hábil hubiera aún conservado por mucho más tiempo el prestigio, mejor dicho, la autoridad de los lores; pero, al condenar ellos con su veto un proyecto de presupuesto que estaba justamente inspirado en las necesidades del pueblo, se han forma-

do un estado de opinión adverso por completo á ellos; y no podía ser menos, ya que ese presupuesto, informado de un espíritu francamente altruísta y liberal, iba al remedio de las amarguras que pesan sobre las grandes masas del proletariado, estableciendo para ello pensiones para los ancianos, socorro para los enfermos y atención para los obreros sin trabajo.

De haber sido discutidas como debían estas innovaciones, seguramente que á muy poca costa se hubiera librado del hambre á millares de familias obreras; pero fué rechazado el presupuesto, y estas ideas cayeron con él como cosa baladí, que puede subordinarse al triunfo de uno ú otro partido político, como si estas supremas necesidades pudieran esperar á eso que se llama trámites, que no es sino una palabra para disfrazar á esa otra, tal vez menos dura, por ser más sincera, que se llama denegación.

Esto es lo verdaderamente inicuo, que esa Alta Cámara, constituída por un puñado de hombres mimados de todas las fortunas, se oponga á tales reformas,

como si ellas implicaran la precipitación en la miseria de los grandes *trusts* y las grandes empresas. Con su intransigencia han hecho perecer el presupuesto, sin ver que su caída les arrastraba á ellos, creando un estado de opinión que en vano han pretendido deshacer luego con promesas de libertades y atenciones. El pueblo ya no cree en ellos. Y aquí se ha cumplido aquella sentencia que dice: «La libertad debe tanto á la temeridad de sus enemigos como á la sabiduría y prudencia de sus amigos».

La Cámara de los Lores y el pueblo se hallan en abierta oposición, y es indudable que esa mutua intransigencia ha de redundar en pro de las ideas democráticas, ya que se ha visto claramente que en el afán de gobierno que muestran los lores no hay sino una idea, egoísta por cierto, la de seguir rondando en torno á las cosas de la nación, sin otras miras ni preocupaciones que sus particularísimos intereses, de los que se ha convencido el pueblo que son incompatibles con los suyos.

Después de tanta torpeza, han comprendido los lores que no había argumentos para combatir la razón, y han querido disfrazar el problema atrayendo toda la atención á las cuestiones suscitadas entre proteccionistas y librecambistas. Pero ello, bien claro lo hemos dicho, no es sino uno de los múltiples aspectos del gran problema que en la actualidad agita el espíritu económico del pueblo inglés. Y es en vano que pretendan, con argumentos que creen hábiles y resultan inocentes, convencernos de que el Reino Unido de la Gran Bretaña tiene una aristocracia, en el verdadero sentido de la palabra, incapaz de poder regir el gobierno de esta nación. Esto es, sencillamente, ingenuo. ¿Cómo una nación de cuarenta y cinco millones de habitantes, nación cuya táctica en el arte del gobierno está demostrada por su poderío colonial y por su marina mercante, que mantiene un asombroso comercio internacional, va á ser incapaz de hacer sus leyes, de organizar su hacienda, y tenga, por tanto, que ser colocada bajo tutela como si fuera una nación de lo-

cos ó de niños? En este caso, ¿quiénes iban á ser esos tutores? No se necesita ninguna malicia para comprender que esa tutela debía deferirse á los que componen la Alta Cámara; así lo creen ellos; pero suponerlo es un absurdo que no cabe en nadie que no esté cegado por el egoísmo.

Examinando detenidamente la personalidad de los que se sientan en los escaños del Senado inglés, veremos que, por lo general, son hombres que no tienen el adiestramiento ni las cualidades de experiencia que se requieren para una tarea de gobierno. La mayoría de ellos son hombres superficiales, cosa perfectamente natural, ya que al tener al alcance de la mano la satisfacción de todos sus deseos, no conocieron la vida sino por referencias siempre, y de este modo, privados de una observación directa, no supieron nunca ajustar—por más que raras veces se inspiraron en el bien del prójimo—sus medidas de gobierno á las necesidades del pueblo. No encontraron en la vida ni vieron de ella más que su aspecto dorado, y así la gestión

política de estos hombres comprendió tan sólo el círculo de su categoría, aferrando de ese modo el cambio de los tiempos á las viejas teorías y haciendo de un pueblo vigoroso y trabajador un esclavo de la Historia, porque se le traba á ella y se le ponen obstáculos á esa carrera de agio y de cultura que le ha conquistado un prestigio universal. Invitar para el gobierno á esta raza imperial, la nación que ha enseñado al mundo los verdaderos principios de libertad y de gobierno; invitar á esos hombres para que afirmen la creencia de que la nación se declara ella misma incapaz de gobernarse, supone un agravio que no pueden tolerar los buenos ingleses, que tienen conciencia de lo que su pueblo es y de cómo puede y debe transformarse. Suponer lo contrario, es creer que Inglaterra no puede ser libre y necesita vivir, como en épocas pasadas, sujeta á las instituciones de entonces y, por tanto, ligada á los monopolios, los *trusts*, los privilegios y las tarifas.

Esta es toda la cuestión, y ningún buen liberal puede rehuirla.

La insolencia de la Alta Cámara, que tanto tiempo ha vivido amparando sus desafueros en la inmunidad parlamentaria, es cosa que toca á su fin, ya que la voluntad del pueblo comienza á imponerse categóricamente, sin restricciones de ninguna índole, como efecto de los desengaños sufridos en un espacio mayor de medio siglo.

Nunca creyeron los lores que estaban los liberales ansiando abordar esta cuestión, pero ha llegado el tiempo de demostrarles nuestro afán. Ellos desecharon los proyectos liberales, á pesar de que en ellos se condensaba el deseo de todo un pueblo, y, en cambio, no opusieron nunca la menor resistencia contra las leyes basadas en la doctrina conservadora, muchas veces contrarias al sentir de la opinión. Pero, ¿qué habían de oponer, si estas leyes eran las que aseguraban sus derechos y arraigaban sus dominios! Como que la Cámara de los Lores viene á ser tan sólo un brazo de la Organización de los *Tory* (1); viene á ser algo

(1) Partido del sistema político conservador, en Inglaterra.

parecido á la Liga de la reforma de la Tarifa ó la Liga del consumo del carbón, en las que, como es natural, no hay otra mira que la de los intereses de los que componen estas colectividades.

Es tiempo ya de que la Cámara de los Lores sea cohibida en sus extralimitaciones; es tiempo para una acción resuelta, y puesto que el pueblo se muestra dispuesto á ello, no hay sino que sumar á él nuestro esfuerzo é ir unidos por el imperio de la libertad. Las burlas de Mr. Balfour, lanzadas contra el partido liberal en la Cámara de los Lores, ni nos han inquietado, ni nos han movido á contestarlas. Estas burlas pudieran convertirse en razones si nosotros cejáramos en nuestro empeño; pero mientras esto no suceda, los discursos de esta índole es difícil que puedan destruir nuestra obra. Las habilidades de ingenio en estos casos no sirven sino para distraer el ánimo, apenado por las proximidades de una caída, muy lamentable para la clase alta. Es preciso hacer algo más que gastar el tiempo regocijando el ánimo de una Cámara.

Y hablamos así, porque estamos convencidos de lo indestructibles que son las razones que apoyan nuestros deseos, y porque si nosotros tuviéramos la seguridad de que en el caso de darnos el pueblo su confianza no contáramos con la de la Corona, no seguiríamos formando en este partido, que queremos con toda la dignidad que da la independencia, con poderes bastantes que le hicieran capaz de colocar en el Libro de los Estatutos del Reino una medida que garantizara que la Casa de los Comunes, en lo futuro, podía aprobar, no solamente los proyectos de los conservadores, sino medidas progresivas y liberales, que pudieran salir á luz en el curso de un Parlamento sencillo, con ó sin la sanción de la Cámara de los Lores. Pero todo esto no quiere suponernos partidarios de la teoría unicameral, sino que la voluntad de la Cámara que representa al pueblo, esté libre de esas trabas que hasta hoy ha venido sufriendo, impuestas, no por la razón, sino por un espíritu de secta. Es decir, que cuando se provoque el conflicto entre las dos Cámaras,

y la Cámara de los Lores persiste en su resistencia después del tiempo oportuno acordado por ambas instituciones para deliberar, creemos que debe prevalecer la opinión ó juicio de aquella Cámara que represente la voluntad del pueblo, ya sea la de los Lores, ya sea la de los Comunes.

Para que no quede lugar á duda: ésta no es una cuestión, repetimos, en pro del absoluto predominio de una de las dos Cámaras, ni en favor de la idea de algunos que opinan que la Casa de los Lores y la de los Comunes debieran marchar íntimamente unidas. Nada de eso. Las queremos independientes en su gestión, ya que el problema estriba en lo siguiente: cuando el criterio de una y otra Cámara sean encontrados, ¿cuál de ambos debe prevalecer? Para dar á esto una respuesta categórica y conforme á razón, no hay sino recordar que la de los Comunes representa á cuarenta y cinco millones de habitantes y la de los Lores á seiscientos, pocos más ó menos, que son los mismos que se reúnen en el momento de la sesión.

He aquí á estas dos Cámaras: Según el modo que tienen los lores de hablar de nosotros, parece que los seiscientos setenta hombres que componen la de los Comunes han sido sacados de entre los oradores de Hyde Park (1) ó del arroyo de las provincias. ¿Qué viene á ser entonces la Cámara de los Comunes? Si atendiéramos al juicio de los lores, sería ésta una Cámara deficiente, sin ideas, porque eran sus componentes esa pobre gente que vive soñando, por los tablados del parque y de los pueblos, con algo que viene á ser un calmante para su pobre estómago y un desahogo para su calenturienta cabeza, donde se revuelven las ideas más absurdas. Pero no; yo aseguro que no hay de estos desdichados en nuestra Cámara, que no representa precisamente una *capacidad electiva*, pero que cada miembro tiene su personalidad perfectamente definida, y así, esta Casa, en conjunto, sinte-

(1) Es general entre los ingleses considerar como desventurados á esos hombres que en este sitio pierden el tiempo abogando por ideas que no tienen ningún valor real.

tiza toda la vida nacional, los intereses de todo un pueblo, puesto que cada brazo significa una relación en los negocios, en las industrias, en el comercio, en las artes...

¿Y de estos hombres no hay uno en la Alta Cámara? No queremos llegar tan allá; sería faltar á la verdad, y ello está bien lejos de nuestro ánimo. Los Pares forman la mayor parte de la Alta Cámara; pero los lores realizan la gestión legislativa sin atender para nada al criterio de aquéllos, lo cual tanto vale como decir que en ella no tienen valor alguno las representaciones.

Es evidente cómo los lores dejan al arbitrio de su exclusiva voluntad la gestión política y el régimen de la Alta Cámara, donde no está representado más que un poder.

Insistamos sobre este particular.

En agricultura, que es la más importante de nuestras industrias, tiene aquella Cámara hombres que son grandes terratenientes; pero, ¿y labriegos?... No po-

demos negar que en nuestra Cámara hay propietarios, pero hay también labradores de los más humildes, porque esos hombres ganan su vida removiendo la tierra con el arado, y así, sintiendo muy de cerca las necesidades de su clase, las llevan al Parlamento y luchan, y en los esfuerzos de estos hombres van envueltas ideas de mejora para su gremio.

En la industria de los medios de transporte, en la Cámara de los Lores hay grandes propietarios y navieros, pero no son éstos solos los hombres que viven de esa industria; hay clases más bajas, dignas de más atención por estar necesitadas. Y estas clases, que forman las tripulaciones, que son cargadores, que sirvieron en todos los ramos de la marinería, saben de esa vida que no trasciende hasta los señores, conocen las necesidades de ella y los medios de aliviarlas. Y alguno de esos hombres no están en esa Cámara, se sientan en nuestros escaños, á nuestro lado... Y cuanto llevamos dicho en orden á estas industrias, podemos repetir de las ferroviarias, de tejidos, de minería, etc.

En aquella Cámara están los capitales, ese poder del dinero que domina y avasalla; en nuestra Casa están también los capitales, pero mezclados con la fuerza, con los brazos que les dan impulso y los ponen en circulación. De aquel consorcio sólo es posible algo en pro del espíritu de una clase que constituye su todo. Aquí no cabe eso; los intereses de todos forman el interés del pueblo británico, y una preferencia, una individualización, supondría un conflicto de graves consecuencias. De este modo, los intereses del proletariado se discuten al lado de los del capital y todos encuentran siempre un eco á sus palabras, que son atendidas en cuanto son justas. Pero esta disciplina no la hemos formado nosotros, la ha formado la vida. Nuestros hombres han pasado por todas las vicisitudes, han sabido triunfar de ellas, y desde el taller, desde los campos, han venido al Parlamento por la voluntad del pueblo, que ha condensado en ellos sus pensamientos y sus deseos al tener conciencia del prestigio de sus elegidos. Esta es la diferencia que hay entre unos y otros. Al-

gunos de éstos existen también en la Cámara de los Lores, pero adaptados ya á aquel medio ambiente, no sirven sino para lo que las botellas rotas: para erizar de filos las tapias bajas, haciéndose la ilusión de que ellos defenderán las audacias democráticas.

Todos éstos fueron los que con su veto no dejaron pasar el presupuesto. Y es natural. En sus manos se encuentran todos los productos é intereses de la nación que contribuye á enriquecerlos; no oponiéndose á las reformas que el presupuesto introducía, era indudable que los patrimonios de los grandes dejarían de acrecentarse á expensas de la miseria de las clases inferiores. Esta fué la razón de esa oposición ruda que las reformas liberales encontraron en el Senado. Y de este modo, lord Rostchild adopta un bello gesto de desdén que quiere disimular su estado de inquietud, al ver que va á ser preciso revelar la renta, porque van á cambiar las bases de imposición, lo cual había de hacer subir mucho la cantidad de su tributación. Pero aún hay más; él se rebela contra el sistema inquisiti-

vo, sin tener en cuenta que su dignidad puede ser del mismo cristal que la de cualquier particular, y en el colmo de la indignación exclama: «¿Pero es que se va á hacer la misma ley para mí que para mi tendero?» Como si en lord Rostchild y en el tendero no cupieran las mismas intenciones de ocultación para 'zafarse de pagar al Estado el impuesto que la renta determinase. Esta ingenuidad de lord Rostchild nos muestra claramente que la voluntad de los lores y su sentido moral habían degenerado en una arbitrariedad tan exagerada, que á los que no fueran ellos les suponían como algo inferior á quien se dispensa la merced de dejarle vivir en el mismo territorio.

Por eso, desde el momento en que hemos comenzado á hablar claro al pueblo y hemos dicho, sin ningún recato, lo que el poder de los grandes capitalistas significa en nuestra Hacienda nacional, la Cámara de los Lores promete olvidar sus intransigencias y levantar la mano á los proyectos liberales. Pero, no; nosotros no podemos aceptar esas protestas de sumisión ó bue-

na voluntad; si las recogiéramos, seríamos el país más pródigo del mundo, ya que desperdiciaba su libertad después de conquistada.

Pensemos, siquiera un momento, en ese derecho que tenemos del mitin público, al aire libre, donde todas las ideas encuentran campo. El hábito nos hace ver este derecho como una cosa natural; pero si volvemos los ojos á la Historia, nos asombraremos al ver los sacrificios que costó arrancarlo de la tiranía.



III

La parcialidad de una Cámara.—Los bills de la educación y reforma electoral.

Por primera vez en la historia de nuestra nación, un proyecto financiero, hecho por la Cámara de los Comunes para el servicio de la tierra, ha sido rechazado por la Cámara de los Lores. Esto, por sí solo, sería suficiente para crear un estado en la opinión nacional que perturbara nuestra vida económica, si no estuviéramos habituados á sufrir actos de tal naturaleza de esa Alta Asamblea, que tiene en el veto el engrandecimiento de sus arbitrariedades y la garantía de su omnipotencia.

Y esto es fácil probarlo con hechos. Volvamos los ojos al pasado. ¿Qué ha sucedido durante cada una de

las legislaturas de la presente centuria? Que medidas liberales, pedidas por la soberanía del pueblo y planteadas por los hombres que el pueblo eligió también, fueron rechazadas ó mutiladas, unas después de otras, por una Cámara sin responsabilidad—pues ella no tiene que dar cuenta á nadie de sus actos, que su propio poderío llevó á los lores á los bancos del Senado—, atenta sólo para el gobierno del país á lo que signifique predominio de las clases altas sobre el proletariado.

Sin embargo, cuando son los hombres de la derecha quienes rigen el poder, cambian su severa actitud los señores de la Alta Cámara, y pasan, uno tras otro, todos los proyectos, todas las reformas, ajenas casi siempre á los intereses nacionales y aun muchas veces opuestas á ellos. No importa nada; esos momentos son de tolerancia y hay que acatarlos así.

¿Por qué esto? No tenemos necesidad de repetirlo.

Los lores dicen que forman un tribunal imparcial; pero los hechos nos vienen demostrando que están muy lejos de eso, pues claramente se ha visto que sólo

son dignas de censura é intolerables, las medidas liberales.

Ultimamente, en la Cámara popular, se presentaron dos proyectos: el primero fué sobre educación, y la Cámara de los Lores lo rechazó rotundamente, de la misma manera que el segundo, que tendía á reformar un sistema de elección, conocido vulgarmente de este modo: *un hombre, un voto*.

En la primera sesión del Parlamento fueron rechazados los dos; pero ahora quieren los lores atenuar el efecto desastroso producido en las masas por aquel ultraje, y disfrazan su proceder diciendo que al no aprobarlos, no lo hacían por puro antagonismo al pueblo, sino todo lo contrario, porque deseaban adaptar en absoluto sus medidas de gobierno á las necesidades de él. Al rechazar los proyectos presentados por la Cámara de los Comunes no hacían otra cosa sino referirlos al pueblo, para que éste los aceptara ó no, dándole así toda la amplitud debida al derecho de las masas.

Pero el pueblo no ha creído en esta habilidad.

De la misma manera fueron rechazadas también dos grandes cuestiones planteadas por nosotros acerca de la tierra escocesa y su valuación. Y así otras muchas que en cuatro años han producido cuatro disoluciones del Parlamento, debidas á una intriga de mala índole que implica una desconsideración al pueblo.

En vista de lo cual, al plantearse el problema de la educación, antes de nada se puso á la consideración del pueblo, quien con su opinión aprobó la reforma, cosa que vió con mucho gusto la Cámara de los Comunes. De ésta pasó á la de los Lores. Aquí se hundió el *bill*, apoyando esta Casa su conducta, en el hecho de que al pueblo no le habían presentado todas las cuestiones del proyecto, sino algunas de ellas solamente; por lo tanto, había que recurrir otra vez á la sanción del cuerpo electoral. Y todo esto ¿qué es? No es ni más ni menos que un escarnio á la democracia. Es oposición rotunda á todo lo que signifique reforma y mejoramiento. Mas, después de todo, estas descaradas violencias no hacen sino contri-

buir á la idea liberal, que ella se arraiga más y se muestra más firme, cada vez que ese derecho absurdo que se llama veto, se interpone entre la Alta Cámara y un deseo popular hecho realidad. La lucha será más franca de este modo, que nada hay que insubordine tanto como un ultraje continuo. Y ¡ay! de los que teman á esta convulsión de la política que vendrá seguramente. Con su puerilidad demuestran que han leído en vano la Historia, ya que abstenerse en la contienda es como abdicar de los derechos y dar fuerza á la tiranía.

Esto no es proclamar nuestra arrogancia. Nosotros, las izquierdas, hemos sido precipitados en el tumulto, y de él no nos apartamos, porque llevamos en el ánimo la esperanza de obtener con la conquista de la libertad tiempos mejores para nuestro pueblo. Éste, talvez no consiga todo lo que desea, pero si su comportamiento se adapta á sus necesidades, entonces no cabe duda de que obtendrá derechos con los que no soñó nunca.

Pocos días ha, visité el pueblo donde yo nací. Me es tan grato evocar los recuerdos de la niñez, que fui al bosque en donde pasé las mejores horas de aquellos días tranquilos. Por él andaba un muchacho recogiendo del suelo las ramas secas, que pensaba llevar á los suyos para darles luz y calor. Y esto me hizo entrar más en los recuerdos; cuando yo tenía la edad de este muchacho, también fui un pacífico y pequeño leñador como él. De entonces aprendí una experiencia que no he olvidado. Aprendí que para recoger las ramas secas era inútil ir al bosque después de un período de calma y buen tiempo; se volvía de él resignadamente con las manos vacías; pero si se iba después de una borrasca, podía cogerse toda la leña necesaria.

Sobre nosotros se cierne una tormenta que desgajará las ramas y arrancará los árboles. Hemos de sufrirla, alentándonos con la esperanza de que cuando tornen tiempos de calma, algo quedará para dar calor y bienestar á los hombres.

IV

La cuesta peligrosa.—Los lores, indefensos.—La guarnición del privilegio.—Las campañas señoriales.

Cerca de Surrey hay un camino, en el que una advertencia de que el paso por allí es peligroso, siempre me hace reír. Es una cuesta estrecha y tortuosa que bordea un precipicio. Y la advertencia de que el camino es peligrosísimo no está ni á la entrada ni á la salida de él; está á la mitad, cuando tal vez no pueda disminuirse el peligro de la marcha y sea segura la catástrofe.

Esto parece ni más ni menos que un ejemplo gráfico de la conducta que ha seguido la Cámara de los Lores. Ha corrido sin freno hasta hoy, y cuando han leído la advertencia del peligro, llevaban tal im-

pulso, que no han podido detenerse. Son en vano las palabras de lord Rosebery recomendando prudencia.

Y, en justicia, no hay motivo para deplorar esta desgracia. La carrera loca de unos cuantos, atropellaba continuamente á los viandantes. Sin aquéllos, el camino de las reformas está expedito. Por este camino nunca pudo marchar ningún proyecto liberal.

Es cosa natural que los ingleses de las clases privilegiadas sean muy conservadores de sus instituciones. A la sombra de ellas fomentaron sus holguras, y de aquí que hoy se encuentren perfectamente adaptados á las tradiciones y no toleren con su poder innovación alguna. Pero los lores se encuentran hoy animados de un espíritu reformista y les parecen muy legítimas nuestras teorías, que pretenden dejar pasar sin ningún obstáculo, puesto que ellos no quieren más que la voluntad del pueblo. Pero nosotros presumimos que es tarde para esta condescendencia. Cuando ellos se muestran dóciles, es que no encuentran armas para defenderse. Y llegan en su desesperación á decir:

—Sí; nosotros queremos una segunda Cámara en esta nación para proteger al débil, al que no tiene poder alguno ni influencia de ningún género...

Efectivamente, mucha gente hay en este país que no tiene posesiones, influencias, ni siquiera pan. ¿Y cuándo la Cámara de los Lores se preocupó de estos desdichados? Recuérdese que pobres algodoneros de Irlanda fueron lanzados á la calle, fuera de sus chozas, construídas por ellos mismos, merced á leyes crueles, sin que los lores, únicos que pudieron impedir el mal, hicieran nada en favor de tanto desdichado.

Recuerdo que mis primeros pasos en la política de Gales fueron en pro de cientos de trabajadores arrojados de la casa de sus padres, por la culpa tremenda de obedecer dictados de su conciencia, sin que los lores se preocuparan de este estado de cosas; al contrario, cuando se presentó la proposición del proyecto electoral para remediar iniquidades de esta naturaleza, lo rechazaron denodadamente. ¡Y hablan ahora de una segunda

Cámara que tenga la exclusiva mira de atender á las clases más desesperadas!

Lo que hay que proteger es la industria contra la fiereza de la confiscación y suprimir los monopolios, que van poco á poco minando la vida de las pequeñas industrias.

Los lores están en esa Cámara, no como ellos dicen, siendo los guardianes de la libertad, sino como guarnición del privilegio.

Nuestros esfuerzos van todos dirigidos á prescindir de ellos, que no son compatibles los intereses del pueblo con los de estos dioses del proteccionismo.



II

LA TIERRA ®

Son muchos los que defienden que los impuestos en su naturaleza son injustos, inícuos, opresivos; pero, sobre todo, los que gravan la tierra; y en su afán, comprometen toda su energía y actividad para que aquélla no quede afectada á ningún gravamen y pueda desarrollar su prosperidad sin ninguna traba. ¿Pero es que estos impuestos producen resultados tan malos? Cuestión es ésta que necesita un estudio detenido y minucioso, pues que la parte del presupuesto que más ha atraído la hostilidad y destemplanza de los lores fué aquella re-

ferida á la tasación de la tierra, para tenerla como base en la creación de un impuesto. Para ello no hay que considerar sólo á estos impuestos en sus principios abstractos, hay que ir más allá, hay que presentar casos concretos, ejemplos palpables y hacer resaltar esa oposición tenaz de los señores y ver si ella obedece á ese sentimiento altruísta, que se llama patriotismo, y es en su nombre por lo que no quieren aceptarlo, ó existe otro sentimiento más bajo, más mezquino, y es él quien inspira esa ruda oposición que ha levantado á todo un pueblo que clama por su prosperidad detenida.



I

Una carga pesada.—El fraude al pueblo.—Un sistema intolerable.—La propiedad de la tierra no debe representar sólo la idea de placer.—Los terratenientes no quieren pagar impuestos que graven la tierra.

Hay un párrafo en esa obra de Henry George, á la cual conceden los ingleses la misma atención fervorosa que á la Biblia, que habla de la propiedad de la tierra en estos ó parecidos términos: el reconocimiento de la propiedad privada de la tierra es la negación de los derechos naturales de los demás, es una injusticia que *debe* manifestarse en la impropia división de la riqueza. Porque el trabajo no puede producir sin el uso de la tierra: negar la libertad ó derecho de usarla, equivale á negar el derecho del trabajo á su propio

productor. Si un hombre puede tener dominio sobre la tierra que otros deben trabajar, puede apropiarse el producto de su trabajo como precio del permiso concedido. La ley fundamental de la naturaleza, de ser su disfrute la consecuencia de los esfuerzos del hombre, es de este modo violada. El uno, gana sin producir; el otro, produce sin ganar. El estudio de la injusta distribución de la riqueza, que en la sociedad moderna separa á los que son muy ricos de los muy pobres, nos ha guiado hasta llegar á esta injusticia fundamental. Es el aumento continuo de la renta, el precio que el trabajo está obligado á pagar por el uso de la tierra, lo que despoja á los demás de la riqueza que justamente ganan, para amontonarla en manos de unos pocos que no hacen nada para ganarla (1).

En estas teorías se inspiran las reformas que Lloyd George introduce en el presupuesto. Es verdad que no se muestra en ellas tan radical; pero quién sabe si esta

(1) Henry George.

templanza es precisamente la que le ha dado el triunfo. Dejemos ahora que él demuestre al pueblo cómo los capitalistas, los terratenientes en especial, recogen el esfuerzo de la colectividad y aumentan su riqueza sin más trabajo que el de guardar unos títulos de dominio (1).

No hace aún muchos años, entre Lea y el Támesis, había cientos de acres (2) de tierra inculta, y tan sumamente mala, que no podía ser dedicada á ningún cultivo.

El comercio, favorecido en aquel entonces bajo las primicias de una era librecambista, aumentó considerablemente; el tonelaje de los barcos subió á millones y el trabajo fué atraído de todas partes de la nación y aun de muchos puntos del extranjero, para prestar su concurso á este gran movimiento comercial.

Los parajes aquellos, situados entre Lea y el Tá-

(1) N. de los T.

(2) Medida superficial inglesa, equivalente á 40 áreas y 47 centiáreas.

mesis, deshabitados, incultos y aun insalubres por las proximidades de un pantano, donde las crecidas de un canal depositaban sus aguas, fueron cambiando, y las gentes, atraídas por las proximidades del comercio que cercano á aquel sitio se realizaba, buscaron estos terrenos, que en poco tiempo quedaron convertidos en una de las partes de Londres más pobladas y de mayor tráfico.

Esta fué la oportunidad para los propietarios. Los negocios, y la circunstancia de hallarse estas tierras cercanas del centro que el tráfico había escogido para sus operaciones, hizo subir los yermos, que solían rentar 2 ó 3 libras un acre, hasta el punto de que en los últimos años se han estado cotizando hasta á 8.000 libras el acre.

¿Quién dió lugar á este incremento? ¿Quién convirtió en oro aquel cenagal? ¿Fué el propietario? ¿Fué su actividad, su talento ó su inteligencia? Ninguno de estos factores tuvo parte en la gran obra. Fué tan sólo la acción combinada de todo el pueblo, dedicada al co-

mercio é industria en el puerto de Londres. Fueron el comerciante, el intermediario, el naviero, el fletador, el cargador, los obreros; en suma, todos aquellos hombres aplicados al trabajo; todo el mundo, exceptuando al propietario.

¿Se comprende ahora ese cambio tan enorme en el valor de unas tierras pobres hecho en el transcurso de muy pocos años?

Aquellos terrenos, considerados como hábiles para el cultivo, estaban libres casi de toda carga. Pues hubo en un tiempo un gobierno conservador que votó una suma de cincuenta millones de libras para pagar la mitad de los impuestos con que debían gravarse las tierras dedicadas á la agricultura; y con el pretexto de eximir las del peso de una imposición embarazosa, y que pudieran de este modo desarrollar libremente su producción, sin que la cohibieran fiscalizaciones ni tributos, el pueblo inglés ha venido y aún viene ayudando á pagar los impuestos que recaen sobre tierras que no son suyas y cuyos propietarios, libres de

tributos, las dejan para su particular recreo ó las labran, obteniendo una renta considerable á cambio de un salario mezquino, disminuído por la tributación.

Pero el actual estado de cosas no puede continuar. Ya hemos dicho al pueblo esas grandes verdades y cómo puede libertarse de ese fraude escandaloso. La fórmula la hemos dado nosotros en ese presupuesto que ha atraído las iras de la Cámara de los Lores. Era natural. Abogamos en él por los impuestos directos y progresivos, estableciendo como base el valor real de la tierra.

En realidad, es éste un impuesto que no puede dificultar ni la producción ni la circulación de la riqueza, por lo bajo que es—cinco céntimos por cada libra—; pero suficiente para nuestros cálculos, no queremos sino lo estrictamente justo, deseo que no ha servido para aplacar la gran marejada que este proyecto ha producido en los terratenientes. Mas ello no es de extrañar, que era la cosa más cómoda del mundo poseer grandes extensiones de terreno, que daban pingües

rentas ó grandes placeres, sin tener que pagar por ello más que una mitad de lo en que se las gravaba.

Pero volvemos á repetir que esto no seguirá.

En nuestro ánimo está valuar toda la tierra de Inglaterra, rompiendo con esa clasificación de tierra dedicada á la agricultura y tierra inculta, porque á su sombra han vivido exentos de todo impuesto millares de acres, que si bien no han dado rentas como resultantes de producción agrícola, han alcanzado precios fabulosos, por circunstancias ajenas al propietario, quien las ha aprovechado en el momento oportuno, para obtener una pingüe ganancia á costa del esfuerzo de una colectividad, de la que él no formaba parte.

Daremos, para mayor claridad, un ejemplo sacado de entre los muchísimos casos que pueden registrarse en Londres, análogos todos al siguiente:

En Golder's Green había hace algunos años una parcela de terreno, que fué vendida en 160 libras. El año pasado, obedeciendo á exigencias del tráfico y utilidad pública, cruzó por este terreno un metropolitano,

que con su presencia vino á aumentar considerablemente el valor de aquellos terrenos. El propietario se valió de ello para hacerse árbitro en el precio, y hubo de venderlos, no por su coste y por lo que habían aumentado de valor, sino por mucho más que éste, ya que su terreno era indispensable al Municipio, quien tenía forzosamente que obedecer á las exigencias de sus ciudadanos.

Otro caso, no menos interesante. El Ayuntamiento de Richmond necesitaba edificar algunas casas para obreros, y con el fin de que le resultaran más económicas, pensó construirlas en los alrededores de la ciudad y en punto cercano á los talleres donde aquéllos trabajaban, con la mira de que no perdieran el tiempo andando el camino. El valor de la tierra en que los edificios iban á construirse aparecía en los amillaramientos y era de 4 libras el acre. Hallándose esta tierra dedicada al cultivo, el propietario sólo pagaba el 50 por 100 del impuesto correspondiente, porque el cincuenta restante lo pagaba el pueblo, según el *bill* aprobado por

la Cámara de los Lores; es decir, que el propietario obtenía casi íntegro el producto de aquellos terrenos que, dado su bajo valor, pensó comprar la Corporación municipal, ya que estaban situados en punto magnífico para el objeto á que se les destinaba.

Pues hubo necesidad de pagar por ellos 2.000 libras el acre, irrogando con esto un gran perjuicio para las pobres gentes que habían de venir á habitar aquellas casas, que en lugar de construirse amplias y rodeadas de jardín espacioso, tuvieron que ser reducidas y sin jardín, que en el espacio de dos acres se edificaron cuarenta edificios.

Si esta tierra hubiera sido tasada en su valor verdadero, y con arreglo á éste se la hubiera gravado, es indudable que el propietario se habría visto obligado á vender en un precio más razonable.

¿Se comprende ahora cómo los lores abominan de las reformas liberales y pregonan que esos impuestos sobre la tierra dificultan la producción y acabarán con la industria nacional? Ese es el secreto.

Pero no concluyen aquí las extralimitaciones de estos terratenientes. La enorme preponderancia alcanzada por el Reino Unido en todas las fases de la cultura actual, ha convertido su suelo en un bancale de oro; pero esto, que es una riqueza incalculable para el país, ha engendrado un desequilibrio social que tiene sus víctimas en todas las clases que no pertenezcan á la elevada de los terratenientes. Y es que, mientras han regido éstos los destinos de la política, se han labrado esa preponderancia, cuidando siempre de cegar al prójimo para que no los observara en sus egoístas maquinaciones; y así disfrutamos en Inglaterra de un sistema de arrendamiento que no se toleraría en el país más absurdo del mundo.

Nos referimos al sistema denominado de reversión. En este sistema, los propietarios están validos de la ventaja de su dominio sobre un terreno indispensable que ceden á los particulares que quieran obligarse con ellos, por un número determinado de años, con la condición de construir en él, y pasado este período de

tiempo vuelve el terreno, con lo edificado, al propietario de aquél; de donde resulta, que la colectividad, de año en año, va edificando y dejando en poder de los propietarios del suelo parte de su riqueza, con la que éstos se engrandecen sin el menor esfuerzo y sin haber gastado un céntimo en esa laboración y transformación del suelo.

En Escocia existe el mismo sistema, pero son noventa y nueve los años estipulados, al cabo de los cuales pasa el edificio á ser propiedad del dueño del suelo; pero en Inglaterra, el plazo es de sesenta á setenta años, á lo más.

Y todos los casos no dan ni idea remota de lo absurdo y despiadado que es este llamado sistema de reversión.

No hace más que algunos años, un pobre hombre, emprendedor, luchador infatigable, buscó retiro y descanso á su vida en una tierra aislada, inculta y mala del duque de Westminster. El poco dinero que le restaba de sus pasados negocios lo enterró en aquel sue-

lo, construyéndose una humilde vivienda, que en ese plazo breve—treinta años—pasaría á la propiedad del señor. Pero el genio de aquel hombre, menos abatido que su cuerpo, ideó algo nuevo: pensó una industria, puso en práctica sus pensamientos, y al poco tiempo eran sus ideas un hecho felicísimo. Y aquella tierra pobre fué lugar imprescindible para aquel negocio inesperado. Pasaron los años, vino el término del contrato, y el industrial debía entregar al Duque suelo y edificio; pero, ante la proposición de una prórroga, éste inspeccionó el estado de aquella industria, y pidió una cantidad considerable por dilatar el vencimiento del contrato. El industrial suplicó consideración, pero no hubo de conseguirla; y fué en vano que adujera en su favor razones.

En torno á aquellas tierras, apartadas, inhábiles para ninguna renta, se construyeron otras viviendas de comerciantes, quienes nutrían su negocio de la industria de este hombre, que con su solo esfuerzo, afirmado más tarde por el de sus convecinos,

había aumentado exageradamente el valor de dichos terrenos. El duque de Westminster no dejó escapar esta ocasión para aumentar sus rentas, y el pobre industrial, que no podía implantar su negocio en otro punto sino corriendo graves riesgos, hubo de resignarse á ser el último, casi, en obtener los frutos de su trabajo, mientras el Gran Duque, sin molestarse en lo más mínimo, percibía una considerable participación en la nueva industria y conseguía, por el esfuerzo ajeno, ver aumentar el valor de sus tierras, por las que nunca pagó la totalidad del impuesto con que las gravara el Estado, que la mitad de este gravámen lo pagaba el pueblo, merced á una disposición dictada por la Cámara de los Lores.

¿Es ó no justo gravar la tierra en su valor real y libertar al pueblo de esa carga pesada que lleva á sus espaldas, sin otro objeto que contribuir, á costa de su miseria, al enriquecimiento de los grandes terratenientes?

Estos se indignan de nuestras razones, y descono-

ciendo la misión del Estado, ó algo que es más breve en los procedimientos, la ira de las masas ultrajadas, imaginan el conflicto que supondría no dejar edificar ni edificar ellos en los terrenos de su propiedad. Es infantil este argumento.

Pero cuando la indignación de los señores se muestra con toda su pujanza es en el *meeting Tory*, celebrado en *Cannon st. Hotel*. Después de combatir el presupuesto con frases duras para quienes habían intervenido en su formación, protestaron del proyecto en nombre de la democracia, de la justicia y de la libertad. Palabras sin sentido en sus labios, ya que no nosotros, sino los hechos, son quienes los han desautorizado para poderlas pronunciar con alguna propiedad.

¿Dónde está—dice el partido liberal—esa democracia, mientras exista ese sistema de reversión y continúen cobrando los terratenientes, en concepto de tales, un canon anual por valor de ocho millones de libras? ¿Dónde puede hallarse esa libertad mientras

continúe en vigor ese arrendamiento que cohibe á las clases inferiores y hace á los señores árbitros de la fortuna de los demás? ¿Cómo encontraremos la justicia en todas esas transacciones?

Al repetir nosotros que la cantidad con que queremos gravar la tierra es un impuesto moderado, nos amenazan con hacer cesar su gracia y deponer toda labor agrícola. ¿Serían capaces de devastar toda la Inglaterra rural para vivir ellos más cómodamente? Esta es su única y perpetua razón: deponer las labores agrícolas, propagar los campos yermos, hábiles sólo para la caza.

Como se ve, ellos no consideran la propiedad sino como un objeto de lujo, del que pueden disponer á su arbitrio, estimando una condescendencia al pueblo el dejarle trabajar en sus amplias posesiones y que saque, á cambio de su labor, un jornal escaso.

Los señores han considerado, y aún consideran, la propiedad de la tierra sólo como un placer; por eso hoy, al cambiar los hombres y los tiempos el concepto

tan cómodo de ese derecho, se extrañan y protestan contra las *nuevas* teorías, pero siguen pidiendo al mismo tiempo que aumenten los fines del Estado; que éste debe multiplicar su actividad y asegurar y garantizar los derechos todos del ciudadano. ¿Es que no saben lo que piden? No hay tal cosa. Es que han interpretado mal nuestro tradicional silencio, y lo que en nosotros era prudencia, lo han creído ellos ineptitud. Por eso ahora se extrañan y piden, coléricos, al pueblo el desprecio á nuestras reformas financieras, porque ellas van informadas de un sentido recto y acaban con las supremacías y privilegios de las derechas. Pero el pueblo no hará causa común con éstas. Está todo el mundo cansado de saber que las funciones del Estado se derivan de las necesidades de sus súbditos, y éstas no pueden satisfacerse sino con la ayuda que los ciudadanos le prestan en la medida de sus fuerzas.

Los lores quieren, antes que nada, seguridad para sus amplios dominios, garantía para sus personas, respetos para todos sus derechos; pero cuando se les

habla de que el Estado necesita de medios para su vida, responden diciendo que ahí están las grandes empresas, ahí está el comercio más grande del mundo; vuélvase al sistema de las tarifas, y el Estado no tendrá que preocuparse por su vida. Pero gravar la tierra, hacer que sobre ella recaigan los impuestos, no significa más que una animosidad de la conjunción de las izquierdas contra los terratenientes ingleses, y un pecado nacional, puesto que, sujetándola á las contribuciones, dificultan la producción y paran la industria y el comercio.

Este es su gran argumento; pero se cuidan bien de decir si el impuesto que nosotros pensamos establecer sobre la tierra es un impuesto excesivo ó moderado. Y como ellos no lo dicen, lo habremos de repetir nosotros: el impuesto que ha de gravar esas tierras es el de cinco céntimos por cada libra. Esta mezquindad es la que ha producido esa marejada que tiene preocupado á todo el pueblo inglés. No quieren pagarla los propietarios, se niegan rotundamente.

Y preguntamos nosotros: ¿Qué razón hay para establecer ese privilegio en favor de los intereses de estos hombres? ¿Por qué, si aun la nación que fuera más rica del mundo no podría sostener con sus medios á toda una clase de gente que declinara sus obligaciones todas en el Estado y se creyera la primera en los derechos?

Pasaron los tiempos de los privilegios; de ellos no quedan más que consecuencias, que es preciso ir borrando para ir estableciendo efectivamente la igualdad ante la ley.



II

El desarrollo de nuestra propiedad.—Los medios del Estado.—Reformas que introduce el presupuesto.—Los nuevos impuestos.—Contra la renta excesiva, no contra la industria.—Los ciudadanos y el Estado.

Nosotros tenemos la seguridad de que la Cámara de los Lores habría dejado pasar el presupuesto si al confeccionarlo no hubiéramos sido tan estrictamente justos. Nuestras miras, acordes siempre con el deber, hubieron de desconcertarles de tal modo, que aun siendo general la opinión en contra de nuestro proyecto de presupuesto, se dividieron los criterios, y mientras unos manifestaban su descontento sólo por la creación de nuevos impuestos, otros se mostraban enemigos, no por haberlos creado, sino por haberlos referido á la

tierra exclusivamente, dejando en el mismo estado de cosas los alimentos, vestidos, alquileres, etc. Los más razonables de los que componen la Alta Cámara, no dejaron de comprender la justicia de nuestras reformas tributarias, escogiendo la tierra como base para ellas, pero no se resignaban á tolerar sino los impuestos fijos. En un principio estuvieron en nuestros deseos, esta es la verdad; pero las cifras nos demostraron claramente que eran insuficientes, que no resolvíamos nada con ellos, y entonces nos decidimos por los progresivos, los únicos capaces de resolver nuestros deseos de mejoras, y los únicos justos, ya que las obligaciones de los inquilinos, sujetos al sistema de reversión, aumentaban también progresivamente hasta el momento de confundirse suelo y edificio en un solo derecho, que pasaba al propietario.

Esto, en cuanto á la tierra hábil para construir. Por lo que se refiere á la dedicada á la agricultura, según se avanza en las ideas de paz internacional, y el pueblo rural puede, sin preocupaciones, aplicar su

actividad toda al suelo y acumular las cosechas no interrumpidas por las adversidades de una guerra, se asegura la prosperidad, y el aumento de producción se asegura también, debiendo aumentar del mismo modo la cuantía de los impuestos, que el Estado no es ajeno á todo ese cambio de vida y á ese aseguramiento de la tranquilidad nacional. Esta sola circunstancia, de la que depende ese mayor impulso dado á la vida de un pueblo en todos sus órdenes, requiere en el Estado mayores obligaciones; pero éstas, volvemos á repetir, no las podrá cumplir si los ciudadanos se niegan á dar parte de su riqueza, indispensable para la vida de esta institución, ya que con ella se nutre.

Si á estas cuestiones se las diera toda la atención que realmente representan; si se estudiaran á fondo, es indudable que tendríamos una distribución de la riqueza bastante equilibrada, y los intereses de todos serían perfectamente compatibles; pero los hombres miran muy superficialmente estos problemas, y sólo para supeditarlos á un interés mal entendido, engen-

drando este modo de considerar las cosas el irritante antagonismo entre el capital y el trabajo, que no consigue sino dificultar la obra de la producción.

Un Estado que disfrute de paz internacional puede asegurar la tranquilidad económica de sus ciudadanos, y, por lo tanto, como decíamos anteriormente, esa juventud florida, no robada por las armas al trabajo, aplica sus energías en la obra de la producción, dando impulso á la circulación de la riqueza. Pero estos momentos son difíciles para el Estado, quien, necesitando intervenir á cada instante en esa obra nacional, necesita más que nunca de energías, de fuerzas económicas bastantes para conservar y reparar con ellas las fuerzas gastadas, resolviendo el problema de las subsistencias, procurando viviendas sanas, con mucho aire y mucha luz, y abriendo nuevos horizontes al comercio y amplios locales á la enseñanza, para impulsar á los pueblos en una vida intensa.

Este es el momento definitivo. Pero para todo ello el Estado necesita poder vivir, necesita que quienes

tengan medios, le presten los que deban, haciéndole fácil su gestión. Negándoselos, sólo se va á la creación de un conflicto de resultados deplorables: el empobrecimiento nacional (1).

No son nuestras estas palabras; son de otros hombres menos apasionados y ajenos por completo á los antagonismos que en la actualidad dividen á todo el pueblo inglés; pero las hacemos nuestras por la particularidad de adaptarse perfectamente á nuestra situación de ahora y para hacer ver cómo á nosotros no nos guía en estos afanes un único deseo, el de favorecer á las clases inferiores, á cambio de negar ó desconocer derechos constituídos y poseídos por las otras clases; no nos detenemos en estas mezquinda-

(1) No es esta particularidad de miras nueva en Inglaterra, que hace muchos años ya escribía M. de Laveleye en su obra *Sistema de bienes raíces*, editada por el *Cobden Club*: la concentración de la tierra en grandes propiedades entre un pequeño número de familias, incita á la superioridad de tal modo, que no toleran otra autoridad que la suya. La situación de Inglaterra, tan envidiable bajo otros aspectos, me parece que tiene, por esta razón, un porvenir lleno de peligros. (N. de los T.)

des, vamos más lejos; nuestras miras están puestas en la obra nacional. Por eso deploramos con todo sentimiento que no se aprovechen estos días críticos en la historia del pueblo inglés, para hacer del Reino un ejemplo viviente de pueblo feliz.

Y estos no son románticos sentimentalismos, que hasta ahora vamos ilustrando nuestra doctrina con hechos palpitantes.

En otra ocasión estaba yo en el Ministerio de Comercio, y todos los días recibía en mi despacho á multitud de industriales, agricultores, intermediarios, etcétera, que venían quejándose de las dificultades puestas al comercio, en todas sus ramas, por el precio exagerado de las tarifas de transporte en los ferrocarriles. Y, efectivamente, tan elevadas eran, que cosa poco menos que difícil resultaba obtener un producto regular en el tráfico. Como la cuestión era grave, me propuse indagar en seguida la razón de ser de aquellos precios, con el propósito de conseguir un abaratamiento en ellos. Fué imposible. Los gerentes de las Com-

pañías ferroviarias salieron al paso de mis razones mostrándome los títulos de las tierras expropiadas por donde corrían las locomotoras, y en ellos vi que se habían pagado precios verdaderamente fabulosos por una cinta de terreno, levantando de este modo, el egoísmo de unos pocos, una barrera á la prosperidad nacional y á la distribución de la riqueza. Y no pude conseguir mis propósitos; aquellos hombres alegaban muy justas razones en su favor, y abaratar los medios de transporte que tenían establecidos hubiera sido la ruina de sus intereses. No había otro remedio que sufrir por unos años la arbitrariedad de los señores, difundida ahora por el país y dificultando la obra de la producción nacional (1).

Todo esto, referido á la vida industrial. Si tomáramos

(1) Decía Stuart Mill: «Cuando la propiedad privada de la tierra no es conveniente, no es justa; y, por tanto, no debe ser tolerada. Debe intervenir en ella el Estado, tratando, no de privar de este derecho al particular, pero sí de hacerlo compatible con el bien de la mayoría.» (*Principles of Political Economy*, lib. I, cap. II.) Y hay que tener en

mos como ejemplo la vida de los Municipios, nos asombraríamos al ver cómo están asentados sobre tierra comprada á peso de oro, no por su valor, sino por haber aprovechado los propietarios la ocasión de necesitarla el Municipio imprescindiblemente, para emplearla en lo más esencial á la vida de sus vecinos. Y de esta manera, en nuestro país, educar á los niños en un amplio local y rodeado de jardín, dar luz al pueblo, facilitarle medios de locomoción, etc., ha costado muchísimo más de lo debido, sin que el Estado percibiera ni una pequeña parte de esa renta que disfrutaban los dueños de la tierra.

Así se está haciendo cada día más indispensable una tasación por el Estado de toda la tierra del Reino Unido, distinguiendo en ella el valor intrínseco del precio pagado por el comprador. Este viene á ser el eje de

cuenta, para comprender el valor de estas afirmaciones, que Stuart Mill nunca vió la verdadera armonía de las leyes económicas, ni comprendió que de esa preponderancia en la propiedad territorial pudiera venir la miseria de las clases obreras. (N. de los T.)

nuestro presupuesto, que crea nuevos impuestos referidos al valor real de la tierra, á las traslaciones de dominio, al sobreprecio, tomando como base el precio de coste, etc.

Veamos de qué manera están inspiradas nuestras reformas en un espíritu de justicia.

Las grandes minas de carbón que existen en el país de Gales, son fuentes inagotables de riqueza para los propietarios de aquellos terrenos, porque reciben por diversos conceptos el precio de *sus derechos* libre de toda carga y gravamen. Ellos arriendan su tierra á los industriales mineros para la explotación del subsuelo, á cambio de sumas considerables que importan miles de miles de libras, y se reservan para dedicar á lo que tengan por conveniente, la superficie del suelo que, en el caso de progresar la industria minera, resulta indispensable al industrial, porque en él ha de establecer amplios almacenes, locales para oficinas y viviendas para los obreros. Todo esto, esencial al negocio, está en manos del propietario, que no da una

pulgada de terreno sino en cambio del valor adquirido por las tierras después de resultar efectiva la existencia del mineral, en cuya busca arriesgaron muchos hombres su dinero y otros muchos sus vidas. El propietario no arriesgó nada; cedió la exploración del terreno y su explotación, en caso de que se encontrara mineral, por un canon considerable, con más un tanto por ciento del valor de cada tonelada de mineral extraído, reservándose su derecho de propiedad sobre el suelo.

Si la empresa fracasa, el propietario queda, como antes, libre para disponer en absoluto de todos sus derechos de dominio, por los que ya ha obtenido un precio ventajoso; si la empresa prospera, sigue cobrando este precio y el tanto por ciento del mineral extraído. Pero no acaban aquí las rentas de esa bendita tierra. El negocio sigue una marcha próspera y el trabajo va congregando en aquel sitio obreros y obreros... En los primeros días, la inestabilidad de la industria mantiene á todos como en guardia y sufriendo

rigores é incomodidades y sin pedir remedio á ellas; mas, á medida que aquélla va afirmándose y va mostrando que la acción del trabajo será duradera en tales sitios, surge la necesidad del suelo. Pero el propietario no quiere edificar; él se limita á ceder el terreno por unos años—ya calcula bien el producto que da la industria para compararlo con su interés—, dando á los explotadores, durante ese tiempo, facultades para hacer en él lo que tengan por conveniente, esta conveniencia atendida siempre á muchas limitaciones. Pero la conveniencia de los industriales es construir, facilitar la vida del obrero para atraer el trabajo, y de este modo, en pocos años, se crea una ciudad donde antes sólo había una llanura dedicada á coto de caza. En esa evolución del terreno, merced á la actividad industrial de unos hombres ajenos por completo á él, ha estado percibiendo el propietario grandes beneficios, y al cabo del tiempo estipulado en ese arrendamiento del suelo, se hallará, sin haber arriesgado un solo

céntimo, dueño de una ciudad que otros construyeron con su dinero.

Este es lo que no queremos tolerar nosotros; ese privilegio inicuo, que divide á los hombres de nuestro país en dos castas: la de los señores y la de los esclavos. Y nuestro presupuesto viene á reformar esa situación, á transformar muchos derechos, convirtiéndolos en obligaciones. Y no es que el Estado vaya á desconocer ninguno de los derechos adquiridos; ni el Estado puede hacer ésto radicalmente, ni nosotros lo pretendemos tampoco. El Estado continuará asegurándonos su vida, prestándonos los medios indispensables para garantizarlos; pero exigirá, como no ha hecho hasta aquí, parte de esos derechos; que así como queremos vernos independientes, con nuestra libertad nacional incólume, no sólo desligada de toda soberanía extraña, sino aun respetada por todas, pretendemos también que individualmente se nos reconozcan los mismos sentimientos y se dignifiquen y legitimen los derechos de los obreros humillados, de los que tienden

su mano suplicante para que les conceda la gracia, lo que no pueden obtener con su trabajo, porque no lo encuentran, porque están enfermos ó porque han llegado á viejos.

Disfrutamos de una absoluta libertad nacional; ahora debemos procurar por la individual, desligando á las masas de su subordinación al salario. ¿Cómo? En nuestro presupuesto está la solución. En los capítulos de los ingresos constan los medios suficientes para realizar lo que parece un milagro y no es sino una cosa natural. Y á bien poca costa se realiza ello, sólo acabando con esa inmunidad injusta que hasta aquí vienen disfrutando los señores de la tierra; gravando á ésta en sus múltiples rentas, pero llevando siempre como mira, que el impuesto pese lo menos posible sobre la producción y que no sujete el caudal general destinado á pagar las contribuciones y á mantener al pueblo. Pero todas estas notas, dentro de nuestra opinión de que el impuesto territorial no debe ser fijo, sino variable.

Por lo tanto, según nuestras reformas, el Estado debe percibir un 5 por 100 del impuesto total que el propietario recibe del arrendatario como precio de la explotación del subsuelo. La tierra del coto minero, útil para la agricultura ó destinada á edificar, se la gravará en cinco céntimos por cada libra, tomando como base el valor real de la misma. En las traslaciones de dominio percibirá el Estado un 20 por 100 sobre el aumento del precio de coste, y cuando, en virtud del sistema, pasen á los propietarios del suelo los edificios construídos en él, subvendrán con el 10 por 100 de su valor. Un nuevo sistema en la imposición sobre las rentas que los propietarios del suelo obtienen de la industria minera, la desembarazará de tanta gabela como en la actualidad la dificulta la vida.

¿Pueden agobiar estos impuestos á la industria? De ningún modo. Y es inútil que Mr. Randles se esfuerce en demostrar lo contrario, que ahí están los números explicando concretamente que nuestra obra va sólo á una mejor distribución de la riqueza, conteniendo

do las ambiciones económicas de los terratenientes.

No se puede impunemente, sin correr el riesgo de tergiversarlo todo, como hace Mr. Randles, confundir las bases de nuestros nuevos impuestos. Mas, por si esta confusión fuera de buena fe, volveremos á repetir que nuestras reformas no van contra la industria, ni contra la renta, y sí sólo contra el exceso de la renta (1), teniendo especial cuidado en gravarla moderadamente, para no irrogar con ello un peligro á la producción; pero advirtiéndolo, en gracia á nuestro sincero modo de proceder, que al hacerlo así es por bastarnos con su producto para satisfacer las nuevas obligaciones asignadas por nosotros al Estado. Proceder de otro modo en estos momentos críticos valdría tanto

(1) De esta misma opinión es un compatriota nuestro. Las necesidades públicas del Estado — dice — de la provincia ó del Municipio son crecientes, van en progresivo aumento, como lo demuestra la historia y la estadística; fijar é inmovilizar el impuesto territorial, sería lo mismo que imposibilitar á los organismos sociales el cumplimiento de su misión y atajar todo progreso legítimo en los gastos y en las públicas necesidades.— *Tratado de Hacienda Pública*, de T. Peña, tomo II, segunda edición. (N. de los T.)

como absorber con el impuesto el beneficio líquido del producto, el cual abandonaría la industria y dejaría de producir, y el Estado habría realizado la fábula de *la gallina de los huevos de oro*.

Vea Mr. Randles cómo el Estado deja libre á la industria, y en nuestras reformas sólo se toma una parte de esa renta magnífica obtenida por los propietarios de la tierra á costa de una mala distribución de la riqueza. Estos necesitan y disfrutan de los medios y utilidades que el Estado da al ciudadano, y cuando llega el momento de subvenir á las necesidades de aquél, señalan á los industriales, á los comerciantes, y aun á los mismos obreros, evadiéndose ellos de la obligación que tienen de contribuir en la medida de sus fuerzas; pero nosotros no queremos tolerarles por más tiempo esa inmunidad, y les hemos gravado su dinero, sin importarnos nada sus diatribas.

Nos acusaban de protectores de las tarifas extranjeras, y la protección nuestra no va dirigida sino á las del país, dificultando las tarifas de los propietarios.

Por eso no queremos gravar los alimentos, ni los vestidos, ni la casa en que se vive. Ello sería dificultar la vida, y á nosotros nos parece más equitativo tomar de donde hay, siempre y cuando esta exacción no suponga un trastorno económico.

¿Están ó no claras nuestras razones?

La de ser de todos los impuestos, la hallamos en esa mutua condicionalidad en que viven el ciudadano y el Estado; condicionalidad creada, no por un capricho de los hombres, sino merced á la necesidad sentida por todos de una autoridad superior que mantenga la armonía de las relaciones humanas en la vida social. Pero todo eso no nos supone, como quieren, partidarios de esa teoría que ve en el impuesto con que el ciudadano subviene á los gastos del Estado un cambio de servicios. Estamos muy lejos de creer tal cosa, y la prueba está en nuestras reformas en materia de imposición; en ellas pedimos más atenciones para el obrero, más cuidado para el desvalido, y estas atenciones y estos cuidados procuramos satisfacerlos

con dinero de las clases elevadas, de aquellas personas precisamente que apenas necesitan del Estado. Es decir, que no es el número de beneficios otorgados á nosotros por el Estado lo que nos obliga á contribuir, sino la necesidad de un Estado.

Es imposible concebir un Estado cuya vida se nutra sólo del precio otorgado por sus súbditos á los beneficios recibidos de él. ¿Cómo iban á pagar las clases obreras los pocos ó muchos beneficios obtenidos? Las razones son bien concluyentes; pues, sin embargo, no hay manera de convencer á los grandes propietarios de la obligación en que están de entregar parte de su riqueza. Saben cómo industriales, comerciantes y el pueblo mismo paga sus tributos correspondientes, restándolos de una utilidad escasa, y aun muchas veces del capital; comprenden cómo sus tierras, incultas, yermas, evolucionan y alcanzan valores portentosos, merced á la colectividad, á quien no retribuyen su esfuerzo; consienten en gravar al pueblo en una mitad de lo que importan los impuestos sobre las tierras de agricultura,

y, á pesar de todo, no quieren ayudar al Estado en sus funciones ni devolver á la colectividad parte de su trabajo transformado en beneficencia, enseñanza, caridad, etc.

Y todo esto no es sólo justo, sino indispensable, imprescindible; lo pide la armonía social.

No debemos insistir más sobre el particular. En el transcurso de esta parte hemos procurado hacer evidente cómo la tierra puede contribuir á las necesidades del Estado, sin que por ello dificulte la producción.

En nuestro sentir, creemos haberlo conseguido.



III

EL PUEBLO

Hay que librar al trabajador de ese peso de los tributos que gravita sobre sus espaldas, sólo por la voluntad de los Lores. Disminuyendo sus obligaciones podrá vivir mejor y será más fuerte.

Siquiera por humanidad hay que emprender esa reforma.

I

Cómo empieza á vivir el pueblo.—La senda nueva.—Pensiones para los ancianos.—Qué van á remediar los nuevos impuestos.—La opinión y el presupuesto.

Cuando los pueblos comienzan á distinguir sus necesidades y buscan soluciones para remediarlas, y van dejando de ser indiferentes á las luchas de la política y á los problemas de la hacienda del Estado, es que efectivamente empiezan á ser parte de la vida social. Hasta entonces, han vivido porque sí, sin ninguna otra razón de ser que la de haberse encontrado como por casualidad en un mundo que no era el suyo, á juzgar por la sumisión debida á todas las fuerzas y á todos los poderes, más ó menos legítimos. Pero á medida que van teniendo conciencia de estas fuerzas y

de estos poderes, y van comprendiendo que su modo de ver es un ultraje á la personalidad, tornan por el prestigio de sus derechos, desconocidos por efecto de una ignorancia, discupable hasta cierto punto.

En la Inglaterra actual se está operando esa evolución. El pueblo inglés ha abierto los ojos á la luz y se ha visto preterido á otras clases, y, comprendiendo la humillación que ello significaba, se dispone á vivir como debe y no como quieren.

Este movimiento venía preparándose ya desde hace algún tiempo; pero las derechas conservadoras, la Cámara Alta y los acaudalados del país supieron contenerle con promesas laudables y con propósitos de reformas favorables, ofrecidas con la garantía de tener los que las llevaran á cabo probada capacidad en las cosas de la política. No lo hicieron; pero con ello realizaron el milagro de dar á entender al pueblo que de nadie sino de él había de venir esa obra, y de este modo esos engaños, no sólo necesarios, sino indispensables para la evolución progresiva de la vida del proletaria-

do, hicieron la unión de las izquierdas del Parlamento inglés, la cual simboliza á todo el pueblo trabajador británico, hermanado para imponer su voluntad y hacer llegar á los altos poderes el eco de sus necesidades y sus luchas, con el propósito de que éstos pongan remedio y paz á lo que ha engendrado la particularidad de miras de las clases altas.

Los lores, al batirse en retirada, dan á nuestras teorías un carácter exclusivista y propagan la idea de que nosotros pretendemos únicamente el dominio de los poderes públicos por el pueblo. Son inútiles estas astucias; ahí están nuestros actos, que responden por nosotros, diciendo que tratamos sólo de hacer compatible el bien de las masas con la prosperidad nacional.

En las dos primeras partes de esta obra quedaron concretas nuestras opiniones en cuanto al régimen de las Cámaras y á las reformas tributarias. En esta última parte expondremos el estado del pueblo y cómo nuestras reformas pueden convertir en fuerte y alegre á una colectividad sombría y miserable.

Por aquellos á quienes parece importar más que nada la preponderancia del Reino Unido, se vociferó no ha mucho, en el corazón de la City, que el Gobierno miraba sin preocupaciones el aprestamiento naval que naciones vecinas realizaban, puestas las miras, indudablemente, en algo que nosotros no podríamos precisar. Ese movimiento que tendía á asegurar á nuestros vecinos en su vida y aun á hacerles capaces de poder subordinar otras á la suya, despertó la alarma en los ingleses y con ella el natural deseo, siquiera por amor propio, de seguir viviendo en el concierto internacional con el mismo prestigio que hasta aquí han gazado.

Aquellas palabras eran ó parecían dignas; había en ellas un natural deseo de seguir siendo grandes, y este sentimiento patriótico que predominó en la oración, obscurecía otros sentimientos que pudieron empañarla, é hizo triunfar en el pueblo la idea de prevenirse de nuevo contra futuros acontecimientos.

Se pidió la construcción de marina de guerra con

arreglo á los nuevos modelos, y el Gobierno liberal, dejando aparte sus credos y sus doctrinas, consideró legitimo el deseo, ya que significaba un estado de opinión, y comenzó á construir cuatro barcos acorazados, y creó tributos suficientes para pagar el importe de esos barcos, que con tanto interés supieron pedir los conservadores.

Pero al ver éstos en el presupuesto liberal gravadas sus tierras y aumentados sus tributos—por razón de esas necesidades sentidas por ellos—lo han rechazado, negándose á pagar su parte y contestando á nuestras manifestaciones de sorpresa que no es, precisamente, el impuesto originado por la construcción de los nuevos buques quien ha motivado su resolución, sino el hecho de hacer gravitar también sobre sus haciendas y sus rentas las pensiones creadas para los obreros ancianos.

Muy pronto han olvidado los lores que en una ocasión hubieron de ganar unas elecciones validos de la

promesa hecha al pueblo de promulgar una ley creando pensiones para los obreros viejos.

Engañar es un vicio corriente en la política; pero cuando los engaños encuentran sus víctimas en las clases desventuradas, el vicio nos parece delito.

Ahora dicen los conservadores que si ellos hablaron de pensiones para los ancianos fué sólo con el propósito de votar una ley exclusivamente referida á las clases trabajadoras, á quienes se hubiera obligado á dejar parte de su jornal en pro de sus compañeros desvalidos. La solución, como se ve, es absurda; pues si el jornal que en la actualidad gana el obrero es insuficiente para atender á sus necesidades, disminuído por esa ley humanitaria conseguiríamos por cada obrero un enfermo, y entonces ¿sobre quién iba á gravitar toda esa humanidad doliente, sin recursos y sin fuerzas para el trabajo? ¿Sobre el Estado...? He ahí la razón de nuestras reformas: más económico, aparte de ser más justo, nos parece que grave desde ahora, de-

jando al obrero libre de otras cargas y haciéndole fácil su vida de continuo trabajo.

Nuestro Presupuesto va al aseguramiento del partido liberal en el poder, pero sin olvidar á los desvalidos, que es verdaderamente vergonzoso para un pueblo tan rico como es éste, dejar á sus viejos obreros morir en la miseria. Es de una responsabilidad enorme estar viendo cómo nos sobran los medios de vida y cómo unos hombres, que mientras fueron jóvenes y fuertes labraron la riqueza de una nación á cambio de un jornal apenas suficiente para un día, van llegando á viejos y mueren acosados por el hambre y las enfermedades.

No podemos tolerar esta injusticia, y por eso en el proyecto de Presupuesto pedimos, con preferencia, dinero para esos doscientos mil indigentes. Pero nuestra consideración al obrero no acaba aquí, ello valdria tanto como negarle su derecho más legítimo, y este no puede hacerlo un Estado floreciente como es el de la actual Inglaterra. Hay que ensanchar más los límites

de la acción social democrática, y reconocer al hombre todos sus derechos y, sobre todos, el de la vida.

Y este problema no es grande, estriba sólo en desarrollar los recursos de nuestras tierras.

Pero esta afirmación, hecha así, sencillamente, ha levantado un clamoreo en los bancos de la derecha de la Cámara de los Comunes y ha soliviantado los ánimos de la Alta Cámara, donde nos han acusado, como otras veces, de enemigos de la industria y de la propiedad.

¿Con qué razón afirmarán que el liberalismo es enemigo de la propiedad? Puede asegurarse que la mayoría del pueblo que trabaja, procurándose los medios de vida con su esfuerzo propio, pertenece al partido liberal; y aún me atrevería á decir, sin que ello suponga una ofensa para nadie, que la mayoría de los que nunca han trabajado profesan ideas conservadoras. Lo cual no tiene nada de particular, pues á lo único que pueden tender las clases acomodadas, es á seguir viviendo en el mismo estado de cosas, en el que fomentaron ó crea-

ron su riqueza; pero natural parecería también, en gracia á los sentimientos de humanidad, que no entorpecieran las medidas ó reformas de los liberales animadas de los más laudables propósitos. No sucede así, y esta intolerancia viene á justificar los movimientos violentos, por los cuales los partidos avanzados, compuestos generalmente del pueblo y de gentes que llevan con sus años la dura experiencia de una vida amarga, logran prestigio para el trabajador y le libran del apartamiento bochornoso en que vive, creado por una sociedad intolerante, con lo que no suponga fuerza ó poder.

Esto, repugnante á todo espíritu de justicia, va acabando en nuestro suelo, y para ello no ha habido necesidad, como los lores pretenden hacer ver, ni de ahogar á la industria, ni de atentar contra los derechos de los particulares. Procediendo contra los privilegios y los monopolios, y haciendo á todos contribuir en la medida de sus fuerzas, vamos camino de esa redención.

Y si esto no es aún bastante para justificar nuestra política de orden, está á nuestro favor la circunstancia providencial de que los hombres más ricos de la Cámara de los Comunes aparecen sentados en los escaños de la izquierda. ¿Podrán éstos hallarse comprometidos en ese movimiento liberal democrático, cuyas tendencias, según los lores, son destruir la propiedad, la industria, la riqueza toda?

A estos hombres, que si estuvieran dedicados en absoluto á la administración de sus negocios no les sobraría el tiempo, puede vérselos sentados, noche tras noche, en los bancos del Parlamento, perdiendo salud y arriesgando su vida, dada su edad avanzada. Y todo ¿para qué? Para seguir laborando en la creación de nuevos impuestos, que más tarde gravarán sus tierras ó sus industrias en miles de libras al año.

Esta es la clase de hombres ricos que nosotros admiramos: hombres preparados siempre, no sólo á cumplir su obligación, sino á cualquier sacrificio en favor de su pueblo.

Júzguese si el partido liberal puede ser una comunidad política dispuesta sólo á destruir cuanto signifie industria, propiedad, comercio, etc.

El partido liberal, y con él las izquierdas concentradas, no pide más sino que la riqueza contribuya á los gastos del Estado con una parte proporcional á su haber. Se trata tan sólo de volver á un sistema del antiguo Parlamento, esto es, que los hombres subvengan á las necesidades del Estado en la medida de su prosperidad.

Este deseo, inspirado en un espíritu de equidad, ha originado en el pueblo inglés una general simpatía por el proyecto de Presupuesto formado por mí, lo cual dice en favor nuestro que no es animosidad contra las clases altas y sí deseo de verlas equiparadas con las demás, por lo menos en esas obligaciones tan justas.

La clase media, en su totalidad, considera equitativo el Presupuesto, y las masas trabajadoras lo miran con entusiasmo. De modo que lo aceptan todas las clases de la nación, y decimos todas, porque esa discon-

formidad de la Cámara de los Lores no representa un estado de la opinión, sino el disgusto de unos pocos al imponerles moderación en sus ambiciones económicas.

El Presupuesto no se entromete en la industria; ello supondría gravar sin tasa las primeras materias, los productos ó el número de obreros empleados en los talleres; ni dificulta la producción agrícola, pues si hoy sobre la tierra pesa un tributo enorme, no es ciertamente al Estado á quien se puede achacar la culpa. Nuestros impuestos respetan lo necesario, lo indispensable, y buscan la renta y gravan lo superfluo, pero siempre con la mira de que cada cual contribuya en la medida de sus fuerzas, sin exclusión ni privilegios de ninguna clase.

Y, de este modo, el proletariado acata contento nuestras reformas y se muestra bien dispuesto á contribuir con su parte correspondiente á los gastos del Estado.



II

Notas del Presupuesto liberal.—El impuesto sobre la renta..

—La Historia explica la actitud de los lores.

El partido liberal ha demostrado su paciencia durante muchos años, y tanta ha sido ésta, que bien han podido confundirla con la pusilanimidad. Pero ha llegado el tiempo de salir de esta apatía, y una ocasión nos ha brindado para ello la Cámara de los Lores, al dislocar el año financiero, poniendo su veto al Presupuesto liberal. Se opusieron á él, por ser éste un proyecto sin precedente. Sin duda alguna, los conservadores quieren mostrarnos su amor á las viejas fórmulas y á las instituciones antiguas, conservándolas á todo trance, pese á quien pese, y no tolerando innova-

ción ni reforma alguna, lo cual vale tanto como querer sujetar al tiempo. Si éste fuera su modo de pensar, nos parecería su situación menos violenta, porque su sinceridad habría en cierto modo de disculparles esta inconveniencia; pero ella participa de todos los dobleces que requiere una ambición sin límites, y por eso nosotros nos mostramos más firmes en las reformas financieras.

Debemos ahora examinar detalladamente algunos capítulos del Presupuesto, con el exclusivo objeto de hacer ver al pueblo cómo la equidad informa toda nuestra obra.

El principal impuesto de todos ellos es el establecido sobre la renta, en la cual hacemos la distinción de *renta rentada* y *renta ganada*, gravando á la última más ligeramente, con el único fin de no entorpecer ni poner obstáculos á ninguna clase de actividad.

Y esta distinción, precisamente, revoluciona al espíritu de la Cámara Alta y hace proferir á los lores en rotundas negativas respecto á la aceptación de ese

impuesto, con arreglo á las nuevas bases. En cambio, los industriales, los comerciantes, los mismos obreros, no alzan la voz y con su silencio demuestran su conformidad con los nuevos impuestos. Y no se aduzca la razón de que callan porque se ven favorecidos. Esto sería ridículo: ahí están los Presupuestos de años anteriores demostrando lo contrario.

Por otra parte, dicen los lores, la manera inquisitiva de ese impuesto le hace odioso. Estos nobles lores olvidan que todos los comerciantes y todos los industriales hacen anualmente esa declaración que al Estado deben, y el cual procura comprobar después, y ninguno de ellos se considera lastimado. ¿Por qué no ha de ser la regla igual para todos? ¿Dónde está la razón que justifique la exclusión de un cierto número de personas en dar cuenta de su fortuna, para los efectos de ser tasada simplemente, con el objeto de hacerla contribuir de un modo proporcional á las necesidades del Estado? Y respecto á si sobre las rentas de los señores los impuestos gravitan con más fuerza que sobre los

demás, se podría decir mucho; pero tengan sólo en cuenta éstos, que si no hubiera infinitas causas, bastantes todas ellas á justificar la incidencia de este impuesto, sería suficiente hacerles comprender cómo el Estado necesita gravar á cada uno de sus súbditos, pues que él mira por todos, y muchos de estos súbditos viven bajo la única soberanía del señor, subordinando su vida y sus actos únicamente á las exigencias de éste. Justo es que él pague al Estado por ellos. Esos hombres de servicio no son sino considerados como bienes para hacer más cómoda y fácil la vida. Esto viene á desvirtuar aquel sentimentalismo que decía: imponer sobre los criados vale tanto como inferir una grave ofensa á la condición humana. No hay tal cosa: son materia de imposición en cuanto representan un bien, una riqueza. La ofensa no puede estar en el impuesto; si existe, está en aprovechar á los hombres para criados.

Otra materia de imposición para el Presupuesto son las obligaciones muertas, pues en la acumulación de

los grandes capitales ha tenido el Estado una intervención bastante directa, creando el derecho, garantizando la propiedad, protegiendo á los individuos, etcétera, etc., y, por tanto, justo es que cuando al morir los hombres dejan á sus herederos grandes riquezas, pase al Estado una pequeña parte de ellas, fomentadas al amparo de su soberanía.

Rebaten los lores este capítulo de nuestro Presupuesto, considerando á dichos capitales como resultantes de la economía, y, por lo tanto, al impuesto que los grava como un absurdo, pues de una manera tácita viene á prohibir el ahorro. La afirmación que cree económico á todo hombre rico es de una ingenuidad infantil, la cual no podemos suponer en quienes la han hecho. Eso no puede ser ni en las ideas ni en los hechos.

En nuestros propósitos no hay sino el deseo de que los grandes afortunados contribuyan á la vida de quienes en la lucha por ella fueron desventurados.

Si examináramos una por una todas nuestras refor-

mas, sería ésta una tarea interminable é impropia del propósito de este libro, cuyo único fin es decir al pueblo sencillamente, en frase llana, la manera cómo los lores hacen el gobierno político y el modo cómo el partido liberal, ayudado por las izquierdas del Parlamento, pretende mejorar la situación de las grandes masas y renovar á la vez anticuados conceptos de poder y autoridad.

La alta Cámara no se opone á nada que signifique mejora, bien claro lo ha dicho; ella asiente sinceramente al proyecto de fomentar nuestras fuerzas; ella ayuda con sus discursos á que el Estado, sea por la voluntad de quien fuere, aumente sus obligaciones; pero con lo que no transigan los señores senadores, es con prestar su ayuda económica correspondiente. Querrían que otros pagasen.

Ellos no se oponen á las pensiones para ancianos y desvalidos, pero quieren sacarlas del jornal del obrero. Y cuando argumentamos en contra de este escarnio,

nos contestan que nuestra obra de imposición viene á poner trabas á los pequeños capitales.

Nosotros no lo creemos así.

Si un hombre gana lo suficiente para él y su familia y aún le queda un sobrante para whisky y tabaco ¿por qué no ha de contribuir con una pequeña parte á la vida del Estado? Como se ve, nosotros dejamos libre de toda carga al capital dedicado á satisfacer las necesidades indispensables, pero estamos prontos para imponer sobre el dedicado á las superfluidades, lujos, etcétera; éste no podemos dejarle inmune. Y queremos sacar el dinero para dar medios al Estado y que éste facilite los medios de vida humanos. Pretendemos ese dinero con la idea de redimir á miles de trabajadores que, cuando llegan á viejos, no cuentan sino con la caridad social, nunca suficiente para aliviar las desdichas del hambre y la enfermedad.

Como todas estas ideas son grandes, no nos asustan las rudas oposiciones. Los derechos más rudimentarios del hombre, fueron todos conseguidos por la lucha;

jamás ninguno de ellos se obtuvo por gracia. Conseguir éste que nosotros nos proponemos, llanamente, sin obstáculos, sería una excepción que no tiene razón de ser. Las libertades no han caído del cielo como el maná; se consiguieron todas pasando el Jordán y echando de la Tierra á los perversos.

Por lo tanto, no extrañamos cómo estas reformas no se alcanzan sin lucha. El pueblo no obtuvo nunca nada sino por el sacrificio y el sufrimiento.



III

El pueblo y sus representantes.—Las pensiones para los ancianos. — La actitud de los lores.

Proteccionismo y libre cambio.

Para nosotros una de las cuestiones de más capital interés, en medio de todas las que reclaman una pronta solución, es la de si el pueblo es quien debe dar á conocer sus necesidades, sus opiniones, sus ideas, por medio del cuerpo electoral, ó si va á depender de la exclusiva voluntad de quienes componen la Cámara de los Lores.

¿Quiénes son los representantes del pueblo? Muchos de ellos vienen de su entraña misma, proceden del fondo de él; son hombres que sienten y viven las luchas del proletariado con la intensidad que las cosas

propias, y si son ajenos á él, procuran identificarse con su vida para conocer sus ideas y sus afanes, y así llevar al parlamento las impresiones que laten en el fondo de las grandes masas, compuestas de gentes trabajadoras.

De cómo cumplen estos representantes sus promesas políticas, ya se entera el cuerpo electoral, quien les ratifica en su confianza ó les aparta de la política, según hayan ó no cumplido con su deber.

¿Es de esta misma manera como los lores ejercen sus funciones legislativas? Es indudable que no. Ellos han llegado á los escaños del Senado por mil caminos, que no representan la síntesis de una opinión ni de una doctrina. Del pueblo nada saben, le han visto al pasar, pero han vuelto los ojos para no disgustarse ante la presencia de un espectáculo deplorable. Saben que éste existe, pero no saben más ni hacen por averiguarlo. Lo que no sea ellos, no les interesa, y de este modo sólo se preocupan, revolucionan y se indignan cuando se trata de sus intereses. Por eso ahora nosotros no nos

explicamos esa ansiedad de la Cámara Alta en referir al cuerpo electoral, al pueblo, *bills* sobre los que éste ya tenía dada su opinión. Sin duda han creído que las ideas han podido cambiar en una noche.

La resistencia de los lores á los *bills* reformistas inspirados en la idea de conocer con certeza la opinión del pueblo, es tradicional en la política inglesa.

Sin embargo, en la actualidad no hacen sino someter á él todos nuestros proyectos, creyendo con ello dificultar nuestra política ó esperanzados en que el pueblo rectifique su juicio anterior. No es esto muy fácil; el partido liberal, al emprender sus reformas, no se aparta un momento de los deseos del pueblo, ajustándolos siempre á un criterio de equidad. Procediendo de este modo, no es lo más regular que el pueblo nos retire su confianza. Ahora bien, si en las aspiraciones de éste hubiera algo que no se conformara á lo que nosotros estimamos como justo, desde ese mismo momento el partido liberal se retiraría, no dando un sólo paso en la obra de la política. No es posible el

gobierno sin una completa armonía—hablamos de una armonía ideal—entre los representantes del pueblo y el pueblo mismo.

Por eso, en los debates á que ha dado lugar el Presupuesto, nos ha sorprendido en gran manera ese interés de los lores porque se tuviera en cuenta la opinión del pueblo. Su bien es nuestro único deseo, han dicho, esa es la razón de nuestra oposición á los impuestos sobre la tierra; gravando á ésta, el propietario, obedeciendo á un impulso natural, ha de procurar librarse del peso de ese impuesto y lo hará repercutir en los arrendatarios; con ello se realizará el milagro de acabar con la agricultura. Pero éstas serían razones de mucha fuerza, si los propietarios hubieran hasta ahora dado los terrenos vendidos ó arrendados, en su justo valor; pero bien claro está en todo lo que llevamos escrito, el modo cómo los propietarios aprovecharon las naturales evoluciones de la economía nacional para hacer redundar en beneficio suyo los esfuerzos de la colectividad.

Lo verdaderamente curioso en el proceso de toda esta lucha política, es la actitud de los lores, cada vez menos firme y menos entusiasta en sus teorías. Comenzaron oponiéndose absolutamente al impuesto para crear las pensiones en favor de los ancianos. Hoy ya casi transigen con ellas con la única condición de librar á la tierra de esta carga, pero estimando que ese impuesto debe ser general, y haciéndolo recaer sobre los alimentos, será insensible y rendirá tan buenos frutos como si gravitara sobre la tierra.

Ello nos parece tan absurdo como oponerse á él. Tasar los alimentos del hijo del obrero para dejar al del propietario recrearse en grandes espacios de terreno, que el colono puede hacer fructificar, es condenar al hambre á toda la clase trabajadora.

Y cuantas veces nos hemos preocupado por la situación de los hombres sin trabajo, se nos ha contestado lo mismo: El tráfico viene á tener, como el mar, sus horas de flujo y reflujo. Querer resolver la situación de los hombres que se hallan á merced de estas

alzas y bajas, es querer marchar contra las mismas leyes de la Naturaleza.

Indudablemente, el argumento es bonito, pero nada más; una buena voluntad en favor de esos desdichados que no trabajan porque no encuentran, lo rebate instantáneamente. Y la prueba la encontramos en nuestro proyecto de Presupuesto, donde hay un millón de libras al año para precaver esos días negros de algunas industrias. Y en el caso de ser un mal irremediable, al menos démosles el pan barato, no les gravemos los alimentos, porque en ese caso les hundiríamos más en la miseria.

La tierra es la única que puede darnos ese dinero; pensar en otras bases de imposición es inútil; todas ellas son menos equitativas, llevando además consigo el grave mal de no rendir la cantidad necesaria.

También rechazan el proyecto porque le consideran como una conspiración fraguada entre ciertos industriales y propietarios, para desarrollar el negocio de aquéllos y las rentas de éstos. Y en ocasiones, se dan

á pensar en la comodidad de un proteccionismo para no imponer ni gravar los *intereses del propio país*.

Sin duda alguna, y aparte del grave error que esta creencia supone, han llegado á creer que las colonias y el extranjero compran nuestros artículos por simpatía á nosotros y no por su calidad y la baratura de su precio, resultante todo ello de haber borrado nuestros gobiernos en la columna de los ingresos las rentas obtenidas por la vida de las tarifas. De este modo hemos conseguido un mercado universal, para cuyo abastecimiento trabajan nuestros obreros; pero no todos, que las industrias tienen, como decíamos, sus alzas y bajas. Y si con este comercio asombroso, aún no conseguimos ocupar á toda nuestra población, ¿qué pasaría si tornaran los tiempos del proteccionismo y se dificultara la entrada de las primeras materias y con ello se aumentara el precio de los artículos?...

No hay duda; si nuestros productos han conquistado ese vasto mercado y han conseguido vencer en él, es porque han sabido hermanar las dos principales

condiciones que debe reunir todo artículo: utilidad y baratura.

Obtener un gran tráfico internacional, con la circunstancia de adquirir á precios altos las primeras materias, no es posible; por lo menos hay que reducir los jornales, y en este caso el problema se presentaría con aspecto más pavoroso, porque no serian sólo los viejos y los hombres sin trabajo los que clamarían por sus derechos, sino el proletariado en masa, que no podría vivir de su trabajo.

Y esto no son afirmaciones gratuitas; todas ellas pueden ajustarse á otros tantos ejemplos latentes.

En el mundo hay cuatro grandes pueblos industriales: Estados Unidos, Alemania, Francia é Inglaterra.

Las materias que se importan á Alemania para sus industrias, se ven gravadas al entrar por las tarifas, y de ese modo, y con el fin de poner al precio en una relación armónica con el valor de los productos, el industrial se ve obligado á disminuir los jornales y aumentar las horas de trabajo.

Los Estados Unidos tienen una población de ochenta millones. Poseen recursos más ricos que nadie y está llamado á ser el país más industrial del mundo, sin que ningún otro pueda competir con él. Nuestra población es de cuarenta y cinco millones; la de Alemania y Francia, de sesenta y cuarenta, respectivamente. Pues con todo, los jornales más altos de Europa los disfrutan nuestros obreros, que trabajan menos que cualquiera otros y tienen más fáciles las condiciones de vida. Y esto no lo puede negar nadie; ahí están las cifras.

Alemania siente la necesidad de competir con nosotros; pero su sistema de tarifas no le deja. Rebajan los jornales, aumentan las horas de trabajo, pero con ello no consiguen sino indisponer con el capital al obrero y perjudicar la producción, que no circula por haber sido manufacturada en una hostilidad inquebrantable entre obreros y patronos.

Lo cierto es que Inglaterra vende una tercera parte más que los tres pueblos restantes, los tres protegidos

por las tarifas. Y no sólo esto, sino que los obreros ingleses viven mejor, trabajan menos y obtienen un jornal superior á todos los de los demás obreros. Con lo cual queremos demostrar que nuestra vida, la vida de Inglaterra, depende del librecambio. Establézcase el proteccionismo con el solo objeto de librar de los impuestos á los señores, y tendremos á cientos de miles de obreros cruzados de brazos, sin trabajo, con la vida industrial apagada por el alza de precio en las primeras materias y con los mercados invadidos por nuestros rivales, que acechan el momento de aniquilar nuestro comercio. ¿Y serán también entónces las tarifas quienes nos den recursos para los obreros necesitados, ó serán los obreros que trabajen quienes nos han de dar parte de su jornal, disminuido con el fin de conservar el comercio? Si descargamos todo el peso sobre las tarifas, habremos reducido á la nada á nuestro pueblo; si gravamos los alimentos, decretamos el hambre para el proletariado. Y mientras

todo esto ocurre, el propietario, el terrateniente, mira impasible estos hondos problemas.

Pero hemos tenido la fortuna de haber llegado á tiempo para impedir que vuelvan aquellos días, en los cuales la plutocracia aprobaba los *bills* sin atender á otra voluntad que la suya, ni preocuparse de otros intereses que los propios. No ya conservadores, sino reaccionarios se muestran ahora, y recuerdan con amargura los pasados tiempos, en que los Comunes luchaban enérgicamente por conseguir el derecho de representación y arrancar de los Barones sus facultades absolutas en el poder.

Quieren volver hacia atrás, á los tiempos antiguos; pero nosotros, al descubrir este movimiento, hemos dado la voz de alarma para detener esa conspiración. Por eso aparecen consternados, porque tienen la seguridad de ir viendo cómo desaparecen sus privilegios, cómo esa inmunidad de la que hasta hoy han gozado sus propiedades rústicas, va á quedar borrada de los privilegios con nuestras reformas del Presupuesto.

Llega el día claro que en otros tiempos presagió el liberalismo; las nubes dejan la Tierra, y el Sol va á entrar en casa del obrero.

Son inútiles cuantos esfuerzos realicen los señores para salvar su decadencia; hay ya formada una opinión en las masas, de la que no se puede prescindir sino por medios de fuerza. Y de estos medios no quieren valerse las derechas para imponer su voluntad. Su espíritu es sistemáticamente refractario á toda clase de contienda. No transigen con lo que represente actividad. Por eso nosotros hemos de responder á esa actitud prudente, la llamaremos así, con la despreocupación, pero sin descuidar nunca nuestro programa, sin dejar un solo día de dar un paso en nuestras reformas, sin olvidar que el pueblo debe conocer nuestras ideas y nuestro modo de razonar.

En párrafos anteriores van ideas generales acerca del proteccionismo y del librecambio, puesto tan en boga por la Cámara Alta, con el único objeto de librar los bienes de sus individuos de la amenaza del tribu-

to. Esta circunstancia nos obliga á insistir sobre el particular, concretando los diversos puntos de vista desde los cuales puede considerarse el librecambio, influyendo directamente en pro de la vida nacional.

Examinemos qué clase de interés puede tener el proteccionismo para los navieros ingleses.

Es indudable que con la implantación de las tarifas se ha de cohibir al industrial que nutre su negocio con primeras materias importadas, y es igualmente seguro que la crisis provocada en su industria ha de engendrar, como resultado, un decaimiento notable en el comercio de importación, y como consecuencia inmediata, habremos de encontrarnos con nuestra exportación reducida á unos límites estrechos.

Con ello se daba un gran paso para arruinar el tráfico en todos los puntos del Reino Unido y para que millares de hombres, que tienen hoy un trabajo constante, se cruzaran de brazos. Es imposible imaginar que nadie, aunque esté poseído del menor interés por las cosas de su país, se atreva á pregonar, como medida so-

lucionadora para nuestros problemas financieros, la implantación del sistema de las tarifas.

Nuestro tráfico internacional naviero es tan grande como el de todo el mundo reunido. Ciérrense estas puertas comerciales y sumiremos á todos los navieros en una ruina irremediable, y á esos millares de hombres, que viven del puerto, en una miseria espantosa.

Al hablar de este problema en la Cámara, yo me atreví á preguntar á los proteccionistas, que estaba deseando conocer una nación de Europa donde los salarios que obtenían los obreros fueran elevados, donde las horas de trabajo fueran reducidas, donde el alimento y las ropas costaran baratas, donde el tráfico, en fin, se realizase en las mismas proporciones que en Inglaterra se efectuaba. No pudieron contestarme. Somos la única nación que vive en estas condiciones. Una de las más grandes influencias en este bienestar nuestro, está ejercida indudablemente por el librecambio; pero aun en el caso de no tener de ello la seguridad, sería un atrevimiento imperdonable cambiar el régimen ac-

tual de las cosas fundamentales en el que hemos adquirido nuestra preponderancia, por algo cuyas consecuencias habíamos de lamentar muy pronto.

¿Cómo es posible que tasando al extranjero mejoremos nuestra situación? En cuanto éste viera su riqueza gravada por nosotros, le faltaría el tiempo para huir de los dominios de nuestro comercio. Y no tan fácilmente se puede prescindir de los productos de cada país. Un pueblo exageradamente comercial, como es el nuestro, alimenta sus industrias con productos de todos los países del mundo.

Los lores nos tildan de poco considerados con el pueblo, porque aún de él tomamos una parte de lo que le sobra después de satisfechas sus más precisas necesidades. Este lamento no es sincero, lo lanzan á la publicidad para hacer política. El pueblo les importa muy poco. Eso ya lo saben ellos, nosotros y aún el pueblo mismo.

Si nuestra desconsideración á las masas fuera real podría encontrársela allí donde hubiera un gasto su-

pérfluo, no donde una inversión para satisfacer necesidades indispensables.

Según nuestros cálculos, el Estado puede obtener del tabaco dos millones de libras anuales, y en nuestros propósitos está también gravar el alcohol, pero con más rigor, más duramente, cuidando bien de no hacerlo sino en los casos que haya de servir como materia prima en industrias licoreras y vinícolas.

De estos nuevos impuestos obtiene el Presupuesto una cantidad que asciende á diez millones de libras, con la cual, el partido liberal se propone no sólo atender á la vida de los ancianos, sino á la de los hombres que se encuentran sin trabajo ó no ganan lo suficiente por haber cambiado de oficio, impulsados por esas alternativas de la vida comercial, que en un momento dado crea una industria ó anula otra que ha vivido próspera siempre durante muchos años.

Todas estas ideas constituyen ese Presupuesto que se ha atraído las iras de la Cámara de los Lores, y el cual rechazan éstos en interés de las clases trabaja-

doras. La cuestión está, no nos cansaremos de repetirlo, en que nuestros impuestos recaen sobre aquellos afortunados que pueden mejorar la condición del proletariado inglés.

Una de nuestras miras es la de no gravar persona ni industria que no pueda sobrellevar el impuesto. Ello, además de ser injusto, sería improductivo, y esta última razón debe por sí sola justificar nuestras intenciones. Con el dinero que se puede obtener justamente, sin gravar los alimentos del pueblo, ni colocar cargas pesadas sobre hombros débiles para tal esfuerzo, se puede llevar la tranquilidad á las casas de los humildes.

Nos proponemos, antes de que el hambre termine con nosotros, eliminarlo de la civilización inglesa.

A medida que hemos ido razonando el Presupuesto, en la Cámara ó en el meeting, en el Club ó en el periódico, y hemos conseguido hacer opinión en el pueblo, han ido los lores deponiendo su actitud levantisca y hoy se hallan encastillados solamente en esas rancias

teorías del proteccionismo, á las cuales atribuyen un poder efficacísimo para solucionar todos esos problemas latentes que condensan una de las aspiraciones más justas de los hombres que se preocupan de la vida nacional.

Dicen los partidarios de las tarifas: se debe restringir la importación; los productos extranjeros se llevan nuestro dinero y nuestros hombres, toda nuestra fuerza. No podemos asentir á esta afirmación; es completamente equivocada. Cuando la importación está en todo su apogeo, el trabajo nacional se halla en todo su esplendor. Un pueblo que importa mucho, es que consume otro tanto; ¿cómo? ya satisfaciendo sus propias necesidades, ya elaborando productos que exportará después, con las primeras materias traídas de otros países. ¿Es en este caso razonable la falta de trabajo? No hay sino acudir á las estadísticas para ver claramente en cifras cómo en estas épocas de gran actividad importadora y exportadora, el obrero vive conten-

to y las huelgas son menos, lo cual indica un relativo bienestar.

Al hablar del modo que lo hacen nuestros conservadores, se nos ocurre preguntar. ¿Es que en las naciones proteccionistas no hay disminución de tráfico? Las alzas y bajas de éste obedecen á leyes del comercio, y nadie, ni la protección ni el librecambio, podrá contrarrestarlas; tienen su causa muy honda para hacerla desaparecer tan facilmente como creen. El hecho indiscutible de esta cuestión es que en cada país se sufren estas alzas y bajas, y al nuestro no vamos á considerarlo como una excepción. Si en estos últimos años hemos sufrido una depresión en el comercio y nuestros hombres, por tanto, han tenido que cruzarse de brazos ó buscar el pan en otros suelos, no debemos achacarlo á males del librecambio; creerlo así equivale á discutir de mala fe ó á pensar con ignorancia. Busquen la causa de esa crisis comercial en América, y allí se encontrará con más horrores que en ninguna parte, pero

haciendo repercutir en todos los países ese estado lamentable de su comercio.

Y cuando pretendamos examinar las causas de la depresión del tráfico y de los obreros sin trabajo, observaremos enseguida que estos problemas sombríos se presentan más amenazadores en las naciones proteccionistas que en Inglaterra. Al hablar de esta cuestión, los contrarios siempre presentan como ejemplo edificante á América, como si en este país estuvieran los obreros ocupados durante las cuatro estaciones del año.

Buscado de propósito, no habíamos de encontrar un país que favoreciera mejor nuestros argumentos en pro del librecambio.

América tiene todas las ventajas que la Naturaleza puede conceder. En aquel suelo existen todos los recursos; no falta un metal, no hay un mineral conocido que no se extraiga en este país; tiene un inmenso continente. En el mundo no hay otro pueblo con tantas ventajas naturales como América, y á todas ellas se

puede añadir esa otra ventaja oficial para los proteccionistas, la de sus tarifas.

Ahora debemos ver si á toda esta serie de facilidades para una vida próspera, corresponde un envidiable estado de cosas. ¿Cuál es éste en la actualidad?

Hemos de molestar la atención de nuestros lectores con datos contenidos en cifras. Lo hacemos así en gracia á una afirmación categórica, sin palabras.

La depresión comercial de este país comenzó en 1908. Por aquel entonces, ¿cuál era el número de obreros sin trabajo en cualquiera Estado de los Unidos de Norte América? Para comprender mejor y comparar con más exactitud nuestra situación y la de uno de estos Estados, elegiremos el de Nueva York, el más análogo á nosotros en área y en población.

En el Estado de Nueva York, en el mes de mayo de 1908, los hombres sin empleo eran un 30 por 100 de los trabajadores. En nuestro país, en igual fecha, era de un 7 por 100. Para ser más precisos, diremos

que aquéllos eran un 30,6 por 100 y éstos un 7,4 por 100.

Y el elegir este mes, no lo hemos dejado á la casualidad, sino á la intención. Si hubiéramos escogido cualquiera otro de los tres primeros meses del año — en ese tiempo ascendía el número de obreros sin trabajo á un 35 por 100—, se nos hubiera objetado que en esa estación el tiempo era una importante circunstancia, digna de tenerse en cuenta para explicarse la proporción tan elevada de los obreros sin trabajo.

Durante este primer trimestre es el tiempo tan malo, que es imposible trabajar en construcciones y aún en muchas tareas análogas á ésta. Pero todo ello nos conduce á una conclusión que no podemos despreciar los adictos al sistema librecambista. Si debido á las circunstancias del tiempo es imposible trabajar durante esos tres primeros meses del año, parecería lógico que en los meses siguientes se acumulase el trabajo y fuera, por tanto, mucho menor al 30 por 100 la cifra de los obreros sin trabajo, y aún insuficientes

para producir, en razón á la demanda natural, las horas corrientes de trabajo, por lo cual se había de trabajar en horas extraordinarias para recuperar todo el tiempo perdido durante enero, febrero y marzo. Pero no ocurre así; las estadísticas lo dicen. Por el contrario, en el alegre mes de mayo de 1908, en la América proteccionista, con todas las ventajas naturales sumadas á la oficial del proteccionismo, un 30 por 100 de los trabajadores del país se encontraban sin ocupación.

Si profundizamos más en estas observaciones y nos acogemos para ello á los datos que nos ofrece la estadística oficial del tráfico, nos resultará muy interesante ver cómo en las industrias de transportes interurbanos, incluidos ferrocarriles, tranvías, acarreamientos, etc., en 1908, no baja tampoco de un 30 por 100 el pueblo fuera de trabajo. Y esto no ocurría solamente en esta rama de la industria, que el tráfico naviero tenía la misma proporción en los hombres dedicados á él; los mueblistas y carpinteros eran en pro-

porción de un 37 los parados, y los impresores en un 22. Todo lo cual viene á demostrar que esa gran nación, favorecida con todas las circunstancias para un comercio internacional asombroso, estaba aquejada de una gran miseria, producida, indudablemente, por esa barrera que las tarifas ponen, tanto á los productos que salen como á los introducidos.

Ahí tienen nuestros contrarios un paraíso proteccionista; las Aduanas, con sus tarifas, despejan en las fronteras y en los puertos á los comerciantes extranjeros que llegan con sus manufacturas. Tampoco dejan á algunas de ellas salir de la nación y extenderse por el mundo; parece éste el modo como aseguran los americanos una vida próspera y fácil, y, no obstante, si entramos dentro de ese paraíso, nos será muy sencillo encontrar á la serpiente del hambre silbando de desesperación.

¿De qué sirve hablar acerca del librecambio como creador de grandes masas de obreros sin trabajo,

cuando se tienen datos oficiales de esta naturaleza que prueban lo contrario?

Y del modo como hemos hablado de América, podemos hacerlo de Francia, donde en mayo último, y á pesar de no tener la misma población, había un 11,9 por 100 de obreros sin trabajo, según las estadísticas oficiales. Y en Berlín, en esa gran ciudad, el año pasado, durante el invierno, ateniéndonos á los datos facilitados por la estadística publicada anualmente por la Sociedad general de Trabajadores, los obreros que no encontraron empleo se elevaron á la cifra de cien mil. Esto solamente en la ciudad de Berlín.

Si Londres hubiera de estar en esta misma proporción, sus obreros parados habrían de ascender á la suma de doscientos cincuenta mil.

Vamos á concretar nuestra situación sobre este punto, y á ver la relación existente entre éste y los demás países.

Antes de nada, es justo hacer presente que en Inglaterra no recaen los impuestos sobre los alimentos.

Hallarse sin trabajo, es muy desagradable; pero aquí se adquieren los alimentos y la ropa mucho más barato que en ninguna otra nación del mundo. Y esto ya es una ventaja de mucha importancia, puesto que facilita al obrero los medios de vida más indispensables.

¿Qué significa en Berlín un obrero sin trabajo, con un recargo sobre el pan verdaderamente exagerado?

Esta es una cuestión de gran transcendencia, pues en el caso de llegar á extenderse ese mal por nuestro país, no había de presentarse en condiciones tan pavorosas como lo ha hecho en los pueblos proteccionistas. Dondequiera que haya hombres sin trabajo, existirá una gran desdicha, reclamando del Estado una pronta solución; ahora bien, que estas situaciones deplorables en las masas del proletariado suelen resolverse mejor á medida que los gobiernos se preocupan más de los derechos individuales.

Nuestros obreros, comparados con los de otras naciones proteccionistas, resistirán mejor los días de

crisis de una industria ó del comercio en general, por la circunstancia de poder obtener á precios muy reducidos los artículos de primera necesidad. Esta es una de las causas por las cuales nosotros queremos dejar libres de todo impuesto á los alimentos. De este modo, facilitamos al obrero su vida, y poniendo los medios para ella á un precio muy bajo, hacemos más realizables nuestras ideas sobre retiros, pensiones, socorros, etcétera.

Es indudable, el proteccionismo agravaría en nuestra nación el problema de los obreros sin trabajo. Este pueblo tiene toda su vida referida al tráfico internacional, y desde el momento en que pusiéramos á éste obstáculos ó lo dificultáramos en lo más mínimo, Inglaterra vendría á una ruina segura. Nos hemos creado una vida tan amplia, que reducidos á nuestros propios límites moriríamos asfixiados.

Cuando, á propósito de estas ideas mías, Mr. Balfour y Mr. Chamberlain hablaban de estudiar la vida, la constitución comercial y financiera de otros países,

y nos comparaban con Alemania, no es que ignoraban el problema, es que procedían intencionadamente en favor de sus particulares conveniencias.

No está, seguramente, en otros países el bienestar de Inglaterra, está en nosotros mismos, y así como cada comerciante debe consultar sus libros para orientarse en la marcha de sus negocios, debemos nosotros atenernos á nuestro propio criterio y no buscar en el ajeno una pauta para nuestra vida. Los de fuera, difícilmente pueden conocer, como la cuestión requiere, la situación de este país, para resolverla punto por punto; esto, aparte de que cada pueblo tiene su espíritu propio y sus notas características, de todo lo cual no puede prescindirse sino á cambio de violencias perturbadoras. En una palabra: las soluciones á nuestros problemas han de venir de nosotros mismos y mirando siempre al interior.

Los negocios de este pueblo son eminentemente internacionales, y querer circunscribir la vida de éste á un radio de acción puramente nacional, tanto vale

como desconocer nuestros intereses y correr tras la ruina.

América, que es un continente vastísimo donde se dan todos los productos, puede depender de sus propios recursos y vivir de ellos, despreciando el comercio exterior ó no concediéndole más importancia que la indispensable para la vida de relación. Alemania mismo, hasta un cierto punto, depende de un comercio exterior, pero en modo alguno hasta el grado que nosotros, y, sin embargo, es constante su preocupación por ver la manera de modificar su actual sistema de tarifas y que resulte en influencia para su comercio exterior.

Nosotros estamos por entero supeditados al comercio internacional; si destruimos nuestro tráfico, esta nación será un montón de ruinas. La mitad de la industria de transportes del mundo, la realizan compañías inglesas. Nuestra flota mercante sirve al comercio universal; la tercera parte de los barcos mercantes alemanes transporta sólo sus propios artículos. Res-

trinjamos esta industria tan productiva, dejemos que nuestros vecinos se apoderen del comercio que hoy realizamos, y este país puede ya considerarse aniquilado.

No vemos las analogías que existen entre Inglaterra y Alemania, á pesar de haberlo repetido muchas veces estos hombres que forman en las derechas del Parlamento.

El comercio inglés es tan extenso como el mundo, y las manufacturas elaboradas en nuestro país, ascienden á cifras que no tienen igual con las de otras naciones. ¿Qué necesidad hay de compararnos ni de tomar el ejemplo de otros pueblos? Si nuestra vida marcha prósperamente, sigamos con el mismo régimen, procurando siempre ir corrigiendo las dificultades que nos salgan al paso. Esto es lo más razonable.

Si alguien no fiara en estas palabras mías, ahí tiene el Ministerio de Comercio abiertas sus puertas; en él están las estadísticas oficiales de nuestro tráfico; también existen las de los otros pueblos de Europa y aun

de América. La labor es sencilla: una mera comparación de cifras. Si después de realizada se sigue insistiendo en la conveniencia de que Inglaterra adopte no su criterio propio adecuado á sus medios de vida y á sus propias circunstancias, sino al de otros pueblos extraños, resultará indudable que los conservadores conspiran contra su mismo país. No se comprende otra cosa, dada esa tenacidad de los *Tory* en favor del proteccionismo, al que conceden una virtud extraordinaria para acabar con algunos de nuestros males, sobre todo el de los obreros sin trabajo.

Nosotros no lo creemos así y damos razones de nuestra particular opinión.

Tomemos el ejemplo de dos tiendas. Una de ellas realiza su comercio entre las gentes de su comarca; su tráfico no trasciende más allá de los límites de su propia área. La otra tienda, también se dedica á la misma clase de comercio y hace continuas operaciones y con buenos resultados dentro de su misma casa; pero tiene un negocio más importante en el exterior,

y envía por ferrocarril á todas partes de la nación los productos de su industria. Esta segunda tienda tiene su comercio enteramente supeditado á dos circunstancias que deben concurrir en sus productos: primera, la baratura en el precio de éstos; segunda, que aquéllos reúnan buenas cualidades.

La mano de obra es uno de los agentes principales para aumentar la utilidad de los productos; es decir, que la intención en el obrero tiene una intervención sumamente importante en la calidad de las manufacturas, las cuales se mejoran siempre mejorando el jornal del trabajador y disminuyendo sus horas de trabajo. Si se quieren artículos baratos, es necesario que las primeras materias se obtengan á poco coste. Con la imposición de las tarifas se aumenta el precio de aquéllas, y, por tanto, é aumenta el precio de los productos ó se disminuye el jornal á los obreros, aumentando sus horas de trabajo. En el primer caso, disminuye el tráfico al no poder competir con otros; en el segundo obtenemos el mismo resultado, pues al traba-

jar más el obrero y obtener menos jornal, pone menos cuidado en su labor, lo cual supone una disminución en la buena cualidad de los productos. Todo ello aparte de que la crisis en el tráfico aumenta el número de obreros sin trabajo.

Pues este ejemplo puede referirse en absoluto á la situación de nuestro pueblo, con relación á otros muchos.

Ahora bien, que el partido conservador apenas le da importancia al comercio internacional, y con mucha frecuencia no cesa de exclamar: El partido liberal se preocupa demasiado de nuestro comercio exterior sin tener en cuenta que el mercado del interior puede fracasar.

Pero á esto no hay sino preguntar lo siguiente: ¿Qué es lo que enriquece al mercado interior? El hecho incuestionable es el de que Inglaterra realiza el comercio mayor del mundo. ¿Supone ello algún peligro para nuestro comercio interior? Evidentemente no. Cuando vendemos nuestras manufacturas al extranje-

ro, obtenemos por ello un beneficio. Cuando prestamos al mundo nuestro dinero, lo hacemos siempre en buenas condiciones.—Si en esto se tiene alguna duda, pregúntese á lord Rostchild, que puede sobre el particular dar grandes noticias concretas.—Si transportamos los productos de otras naciones, lo hacemos siempre obteniendo por ello el natural interés. Es decir, que todas estas operaciones realizadas por nosotros en una vida comercial internacional, vienen á significar beneficios para nuestros comerciantes, para nuestros industriales, banqueros, agentes de seguros, corredores, navieros, etc., para la nación en suma, todo lo cual viene á fomentar el comercio interior, pues en circulación todo ese dinero, aumenta las necesidades, y la creación de medios para satisfacerlas, engendra una actividad comercial interior de gran importancia, actividad que tiene sus raíces en nuestro tráfico exterior.

¿Podemos, como quiere el partido conservador, despreciar el comercio exterior para atender exclusiva-

mente al nacional? Es un absurdo pensar de tal manera.

Es opinión general entre los conservadores creer que la mayoría de los artículos consumidos en nuestra nación vienen del extranjero. Si ellos no formaran sus juicios con tanta ligereza y atendieran mejor á las estadísticas y á los hechos, quedarían asombrados al ver la enorme desproporción que existe entre su opinión y la realidad. Los artículos manufacturados en el extranjero, comparados con los que aquí se fabrican y aquí se consumen, son en número muy limitado. De este modo, mal puede venir á menos nuestro comercio interior; además, que cuanto más dinero circule en nuestro pueblo, bien provenga de ingleses ó bien de extranjeros, mejor será el tráfico nacional. Por eso no debemos escuchar la locura de quienes procuran destruir nuestro comercio internacional en interés del mercado interior.

Para Mr. Balfour, éste se halla amenazado por la preponderancia de aquél, y con el proteccionismo cree

no sólo obviar esta amenaza, sino reducir el número de los obreros sin trabajo, aun en épocas de depresión comercial. Para ello, parte del principio de que los obreros ingleses son los suficientes, y no son más para fabricar y elaborar todos los productos necesarios á nuestra vida nacional. Ahí está el error; nuestro proletariado es excesivo para elaborar los productos que nuestras necesidades reclaman; entre éstas y los brazos que han de proporcionar los medios para satisfacerlas, existe un gran desequilibrio, no percibido en estos momentos, por la circunstancia de realizar Inglaterra un comercio exterior bastante amplio; pero en el momento en que el proteccionismo sacara sus tarifas, y á los productos que salen y á las materias que vienen impusiera su carga, habíamos de notar terribles efectos en la población obrera. No hay duda, el comercio había de restringirse con esas trabas, y esta restricción había de traer consigo la sobra de muchos brazos. ¿Qué medios podría idear entonces Mr. Balfour para resolver la triste situación del pro-

letariado? ¿No pensaban los conservadores, al tratar, en un incidente, de esta misma cuestión, hacer fijar la atención del partido liberal en el sistema que sobre el particular seguían otras naciones para que nos sirviera de ejemplo? Ahora nos toca á nosotros aducir en nuestro favor este argumento. En otros tiempos realizó América estas medidas de Mr. Balfour; ahí están los resultados: en la época mejor del año tiene sin trabajo á un 32 por 100, por término medio, de sus obreros. En nuestro país, en cambio, y en todas las épocas del año, la proporción oscila entre un 6 y un 7. ¿Es tan alarmante esta cifra para iniciar un movimiento en favor del proteccionismo?

En el mundo comercial no representamos sólo el oficio de porteadores. Es verdad que nuestra industria de transportes es la más desarrollada, pero nuestro comercio no pára aquí; nosotros fabricamos cantidades asombrosas de productos diferentes, que exportamos y vendemos, obteniendo grandes utilidades. ¿No supone casi un delito el afán de modificar un sis-

tema de tributación seguro, para fiar el resultado del que venga á la casualidad? Puede haber un mejoramiento, asintamos á ello; pero ningún hombre de sano juicio debe arriesgar lo seguro por lo fortuito, máxime cuando no tiene necesidad de realizar tales pruebas. Hay que convenir que en casos como éste la prudencia vale mucho más que la razón, opinen como quieran los conservadores.

Con lo dicho queda categóricamente expresado lo peligroso que sería jugar con nuestro tráfico internacional, y en mi opinión, equivaldría ello—y esto lo digo amparado en la experiencia que me dió mi paso por el Ministerio de Comercio—, simplemente, á aumentar en esta nación de un modo considerable los hombres sin empleo.

Pero el partido liberal no ha venido al poder con la única idea de emitir su opinión respecto á este particular. En tal caso, yo no formaría en él. Hemos venido á algo más esencial, más efectivo, y con estas mi-

ras, lo primero que procuramos es borrar de nuestra vida la situación de los hombres sin trabajo.

Lo que los ingleses llamamos *unemployment*, ¿qué significa? El sufrimiento inmerecido, ilegítimo, de gentes trabajadoras, al ser privadas de su único medio de vida. El proletariado, por lo regular, no es nunca responsable de las alzas y bajas del tráfico, y, por lo general, suele ser la víctima en las oscilaciones de éste. Por lo tanto, en el sentir del partido liberal está la idea de que cualquier Estado, en la proporción de sus recursos, tiene la obligación de ver el modo, de estudiar la manera de hacer desaparecer estas anomalías ó mitigarlas en todo lo posible.

El partido liberal ajustó su conducta á esta obligación, que ha considerado más perentoria que ninguna ¿Cómo? Nuestra respuesta es mi Presupuesto, que procura los fondos necesarios al Estado para atajar los sufrimientos del obrero sin trabajo.



IV

Más notas del Presupuesto.

En capítulos anteriores ya hablamos de parte del contenido del Presupuesto, en la que se refería á las bases de los nuevos tributos; ahora vamos á indicar, siquiera sea ligeramente, algunos conceptos á los que destinamos el producto de esos impuestos.

En primer lugar, tenemos un fondo de previsión importante, millón y medio de libras, dedicado á los que, por circunstancias ajenas á su voluntad, han tenido que cambiar de oficio, sufriendo con ello un perjuicio en su jornal. A estos hombres se les ayuda con parte de ese fondo, para evitar que su familia ó él ca-

rezcan de lo más necesario. También con cargo á ese fondo va el socorro á los obreros sin trabajo, por todo el tiempo que tarden en encontrarlo, asegurando de este modo la vida de su familia, la de los pobres hijos pequeños, sobre todo, sujetos en su inocencia á los más insignificantes vaivenes sociales.

Para nosotros, ésta es una de las cuestiones de más capital interés. Entraña ella toda una cuestión universal que vive con el mundo. En nuestros propósitos no está la pretensión de resolverla, pero sí el afán de suavizarla. Y los números nos han dicho que ello no supone realizar un sacrificio, sino hacer justicia. Es, ciertamente, á bien poca costa, como podemos darnos esa satisfacción.

Luego, obedeciendo á necesidades del tráfico y de un sport á la vez, destinamos doscientas mil libras para mejorar las carreteras existentes y construir otras nuevas. Y, como es justo, los automovilistas contribuyen alegremente con su correspondiente tributo, ya que él supone la facilidad de comunicaciones

y la disminución de los peligros, tanto para ellos como para el resto de la comunidad.

Después consignamos otra cantidad casi de la misma importancia, para llevar á la práctica los proyectos de una nueva repoblación forestal. Es imposible prescindir de los árboles; este país se halla muy necesitado de ellos, y las condiciones de clima y suelo con que contamos, aparte de muchas otras que también son poderosa ayuda para llevar á cabo estas mejoras, las hemos despreciado siempre, como si en realidad el árbol no representara ni tuviera importancia alguna para la vida.

Cuando nuestros contrarios hablen de Alemania y otros países para ponerlos enfrente del nuestro, no olviden que en ellos hay miles de hombres empleados en las plantaciones y la guarda de bosques, creados en bien de la nación.

Luego, para desarrollar la agricultura, los transportes, las vías de comunicación, etc., destinamos una cantidad durante los cinco primeros años, de quinien-

tas mil libras, en cuyo lapso de tiempo han de iniciarse en la vida toda una serie de proyectos referentes á este ramo.

A más de todo esto, tenemos destinada una suma de alguna consideración para llevar á cabo experimentos científicos, que tiendan á mejorar las condiciones de la agricultura, una de las riquezas más grandes de este país, pero que, gracias á la voluntad de los propietarios, que disponen en absoluto de sus extensos dominios, no rentan ni producen nada, porque no se los destina á labor alguna.

Todas estas medidas nuestras van encaminadas á un fin, al mejoramiento de todas las condiciones de nuestra vida nacional; pero este fin viene luego á ser medio para que realice el partido liberal lo que para él constituye una obsesión: el resolver casi definitivamente la situación de los hombres sin trabajo.

Para aquéllos que hablan acerca de que el partido liberal se ha valido de estas ideas simpáticas para fomentar y propagar su credo político, decimos que en

el presupuesto liberal se recaudan de los impuestos nuevos tres millones de libras anuales, los cuales van íntegramente destinados á acabar con los obreros sin trabajo.

¿Cuándo se ha hecho algo parecido? Si se nos contesta que los conservadores fueron quienes primero hablaron de las pensiones para los ancianos, responderemos que nosotros hicimos ley su indicación. Y si últimamente, también los conservadores hablaron de los hombres sin trabajo, el partido liberal ha sido quien con su Presupuesto tiene resuelta la cuestión. Ahí están sus capítulos.

Pero, sin embargo de haber aquilatado bien todas las necesidades del proletariado y haber estudiado muy detenidamente todas las fuentes posibles de ingresos, en mi opinión aún no bastan para resolver como es nuestro deseo y del modo como en justicia debe resolverse el problema del *unemployment*. Es de absoluta necesidad para ello la creación de un registro, donde conste inscrita la tierra, con todo género de detalles,

área, linderos, labor á que se la dedica, renta posible, renta efectiva, plantaciones que contiene, etc., etc.

Inglaterra es el país que menos partido obtiene en la tributación por conceptos rústicos. Para ninguna nación de Europa es indiferente este capítulo de ingresos; para nosotros lo ha sido hasta hoy. Pero de este error no se culpe á nadie. Al tender los terratenientes á crear un privilegio en favor de sus amplios dominios, obedecían un impulso muy natural, poco justo, poco noble, pero natural al fin, y esto disculpaba en cierto modo este egoísmo que se condenaba en la Alta Cámara. Lo que no es disculpable fácilmente es esa paciencia del proletariado, esa resignación heroica que supone el ver cómo los lores, los propietarios, los grandes terratenientes se eximen del tributo que tan justamente les corresponde y lo cargan sobre las espaldas del pueblo, con el pretexto de dejar libre á la agricultura de todo impuesto y facilitarle de este modo su desarrollo.

Si el pueblo hubiera tenido antes consciencia de

esta arbitrariedad, antes hubiéramos puesto coto á ella; sin contar con su opinión era imposible emprender ninguna reforma.

Inglaterra necesita desarrollar, como primera condición esencial para ir mejorando la situación de los obreros sin trabajo, su vida agraria. Nuestros agricultores parecen á los demás hombres gente extraña, y no es que se les mire como á seres inferiores, es que producen extrañeza estos hombres por la clase de labor á que se dedican, lo cual da una idea exacta de que la agricultura entre nosotros no es cosa corriente. Y gastamos nuestro dinero en propagar una cultura científico-agraria, pero no pasa de los libros, ni transciende de las granjas, y, á pesar de todo, nos esforzamos por difundir la absoluta necesidad de laborar la tierra. Pero todo inútil; los campos siguen yermos y el césped cubre las extensísimas llanuras, brindando ancho espacio para el *sport* y el recreo.

Los labriegos no pueden hacer más; los braceros trabajan cuanto pueden; todos ponen á contribución de

la tierra su fecundo esfuerzo; pero no es ahí donde está el mal, sino en las grandes extensiones de terreno exclusivamente vírgenes de todo cultivo, porque el señor tiene lo bastante para su vida y la de los suyos y no quiere dedicarlas sino á objeto de sus gustos y sus aficiones. Ellos, sin duda alguna, están de buena fe en la creencia de haber sido creada la Tierra para beneficio exclusivo de quienes han tenido la fortuna de haberla podido dominar, como regalo para las personas de grande posición económica, para divertimiento y amenidad de un número reducido de gentes que componen la clase rica.

Por algo llamamos madre á la Tierra. Su tenencia material no indica pleno dominio sobre ella. Hay una razón, apoyada en un principio de derecho universal, expresando bien claramente la idea de que si en el mundo de los hechos la Tierra es de quien la posee, no lo es en el fondo, y por tanto, hay que dejarla dar sus frutos, aplicar á ella nuestra actividad y obtener las múltiples riquezas que nos brinda. Acaparen la

Tierra los hombres ricos, dedíquenla exclusivamente á recreos suyos, y la Humanidad perecerá de hambre.

Cómo dificulta esto la solución al problema de los obreros sin trabajo, no hay para qué decirlo. Y no es ésta la única consecuencia ni la peor; téngase en cuenta, que mantener los campos yermos es dificultar la producción, y un país que dificulta su producción mengua la circulación de la riqueza, desequilibra su distribución é impide el consumo. Es decir, que establece oficialmente el hambre.

Los lores no participan de esta opinión nuestra. Es natural; y el desequilibrio existente entre los campos ingleses y el número de labriegos emigrantes ó sin trabajo, lo atribuyen á exceso de población. ¿Pero es ésta la verdadera causa? En nuestra opinión, no. Es indiscutible la existencia de un desbordamiento por las ciudades populosas de los hombres procedentes de las villas y los distritos rurales del país; pero es que van buscando el trabajo que debían hallar en su propia casa.

Los lores, el partido conservador, las derechas en suma, están muy atentas á ese movimiento social, no han perdido de él ni una de sus evoluciones, y por ellas han comprendido que lo único que lo ha motivado han sido las causas señaladas por nosotros y repetidas tantas veces. Pero ya se guardan ellos muy bien de exteriorizar sus pensamientos respecto á estos hechos, de mostrar su parecer, que en este caso es análogo al nuestro. No quieren decir su opinión, están muy lejos de hacerlo, y así, cuando les hemos forzado á contestarnos en la Cámara ó el meeting, se han limitado á decir, con voz débil, sin esa firmeza de la razón, que la causa de ese despoblamiento de los campos se explicaba con razones de índole puramente psicológicas: Las sencillas gentes rurales han sentido siempre una idolatría por la ciudad desconocida, han hablado y oído contar de ella como de una cosa fantástica, y esto engendró tal vez el deseo de vivir en ella; fué arraigando este deseo, se convirtió en necesidad, y hoy hacen hechos sus ideas, y unos tras otros dejan los cam-

pos, todos con el pretexto de buscar un medio de vida; pero no es este el fin único, van también con la esperanza de asombrarse en una vida loca, fantástica, monstruosa, la vida compuesta de mil civilizaciones.

Así han hablado los conservadores. Su único argumento aducido ha sido la retórica. Lamentamos sinceramente su manera de ser, pues significan en ella una gran despreocupación por los hondos problemas que agitan el país. Es una ironía de muy mal gusto esta opinión suya, dicha sin ningún género de escrúpulos.

Las opiniones nuestras las formamos con hechos; no hay necesidad de buscar la verdad de estas cosas tan claras en los complicados problemas de la psicología; no están en ella. Basta una sencilla observación para encontrar inmediatamente la causa de todos estos hechos que en la actualidad están preocupando al Estado.

Cuando visité mi pueblo, recorrí la villa palmo á palmo, estuve en las afueras, inspeccioné los campos, lo procuré ver todo, y lo que más llamó mi atención

fué el número tan elevado que había de casas en ruinas. Me acordaba yo de otros tiempos, y mi voluntad hacía evocar á mi memoria los de mi juventud. Por entonces, aquellas casas estaban llenas de vida, frente á sus puertas jugaban niños rollizos, los hombres labraban todo el día en el campo, y las mujeres no atendían sino á sus hogares, sus brazos no se empleaban en otros menesteres que en los cariñosos de cuidar á los hijos. No quiere indicar todo esto que las pobres gentes aquellas vivieran en la abundancia, pero sí que tenían lo necesario para vivir con alguna holgura.

Nada de todo esto queda hoy. El pueblo está triste, sus calles aparecen sombrías y las casas, en ruinas la mayor parte. Parece como si la vida hubiera huído de los lugares aquéllos. Un hombre viejo que resistía á los años y á las inclemencias, andaba por aquellas soledades. Le hablé. ¿Qué se había hecho del pueblo?, ¿dónde estaban sus habitantes? ¿Cómo eran tantas las casas en ruinas?... Señor, han huído todos, me contestó, el hambre no les dejaba vivir. Muchos marcharon

á América con la esperanza de poder trabajar, otros fueron á Liverpool, los más se hallan en Birmingham y en Londres.

Aquellos hombres que yo conocí habíanse refugiado en las grandes ciudades, y en ellas, con sus hijos, vivían penosamente, engrosando la gran masa de trabajadores.

El partido conservador no concede á este movimiento importancia ninguna, y lo atribuye, ó bien á la competencia que á nuestros obreros hacen los inmigrantes, ó bien á la pobreza del distrito de donde aquéllos provienen, ó ya, como hemos dicho, á una curiosidad... instintiva. Pero no es ésta la causa; la irrupción de los hombres del campo en la ciudad se debe únicamente á que los señores han desterrado de sus propiedades rústicas toda labor agraria y las han destinado á cotos de caza y á otra clase de sports. Ello les resultaba más fácil y más ameno, y como al fin y al cabo les importa poco el pan del vecino, van todos haciendo lo mismo. Esa y no otra es la causa de que los labrie-

gos, los hombres de las villas, abandonen sus lugares y vengan á la ciudad en busca del pan que no encuentran en sus casas y engendren el problema tremendo de los *unemployments*.

Pero esta acción particular de los señores en sus tierras es, sencillamente, antieconómica y antihumana; pues, en primer lugar, no obtienen de su propiedad el tanto por ciento que aquélla pudiera rentarles dedicándola á un cultivo adecuado á su naturaleza, y en segundo término, priva de trabajo á centenares de familias, difunde el hambre por las comarcas agrícolas, obliga á huir á la ciudad á los moradores, quienes, una vez en ella, engendran, por la fuerza de su situación tan crítica, ese desequilibrio pavoroso entre la oferta y la demanda de trabajo, produciendo como resultado el abaratamiento de los jornales y el *unemployment*.

No debe desempeñar, ciertamente, la tierra un papel de lujo en la Naturaleza, tiene un fin más elevado; ahora bien, si este fin está á merced de los señores, y

ellos, valiéndose de sus derechos adquiridos, lo alteran de tal modo que producen la crisis económica en comarcas enteras, el Estado debe intervenir seriamente, limitando esos derechos que no pueden subsistir en modo alguno, ya que supone el ejercicio de ellos un perjuicio para tercero, un peligro nacional.

No dudamos de la transcendencia de estas medidas ni aun se nos ignoran las perturbaciones que pudieran ocurrir al tratar de aplicarlas; pero resulta verdaderamente lamentable asistir y ver con paciencia la ruina de un país, creada á cambio de supeditarse los señores á las exigencias del sport de moda.

Es que no hay manera de justificar la actitud de los propietarios de nuestros campos. Odiamos las medidas violentas; pero este partido no puede menos si ha de ser consecuente con su programa, de imponerlas muy radicales, porque en ellas le va al país su vida. Estas palabras dichas así, repentinamente, parecen una exageración, pero si examinamos detenidamente punto por punto todas las cuestiones de esta situación

en que están colocados los terratenientes ingleses, nos asombraremos al ver cuánto daño se hace á la nación al dejar los campos sin cultivo. Visto el problema aun superficialmente, observamos males de mucha consideración: Primero, al condenar la tierra á ser un yermo, se condena á parar en su trabajo á todos los hombres adiestrados en la labor agrícola, de la que vivieron en otros tiempos, y por tanto, á formar una colectividad de hombres sin empleo que no pueden facilmente encontrar otro medio de ganar su vida, dadas sus condiciones de edad y de oficio; segundo, estas tierras incultas, inhabilitadas por la voluntad del propietario para cualquier labor, privan á los individuos todos del producto que pudieran rendir, y de esta manera hacen más violento ese desdichado desequilibrio que en este país existe en la distribución de la riqueza; y tercero, si la riqueza de cada uno viene á constituir unida á la de los otros la riqueza nacional, resultará que con medidas de esta índole se atenta contra la prosperidad nacional y el derecho á la vida de los ciu-

dadanos. Por eso el partido liberal no puede tolerar por más tiempo ese dominio tan absoluto sobre la tierra, porque continuar así equivaldría á dejar los intereses nacionales á merced de la voluntad de unos pocos.

Otro aspecto, tan interesante como los anteriores en la cuestión de la tierra, es la quietud tan continua que en el tráfico ó negocio de las construcciones existe. Sabemos, que donde hay grande población, las construcciones son menos frecuentes, se llevan á cabo más de tarde en tarde, y cuando se realizan, es ante la seguridad de una pingüe ganancia ó por el imperio de una necesidad que no se puede demorar. Si no es por una de estas dos causas, no se construye, y ello es muy natural, pues no se da el caso de encontrar terrenos hábiles para edificar que cuesten lo que valen; siempre se pide por ellos un precio diez veces mayor de lo de su valor, y de este modo no se edifica, y si se hace es en malas condiciones, porque, con el fin de evitar el mucho coste del suelo, se alzan casas mez-

quinas, sin jardín, estrechas, reuniendo las peores condiciones posibles.

Esta es la causa de que en las grandes ciudades vivan las gentes como amontonadas, en casas capaces sólo para un escaso número de personas.

El comercio va atrayendo brazos, hombres, aumentando la población de las ciudades; y las viviendas, en cambio, permanecen estacionadas, porque sus dueños obtienen de ellas pingües rentas, sin importarles poco ni mucho si sus inquilinos encuentran las comodidades que pagan.

Pero estas anomalías, que ya no lo van siendo á fuerza de ser corrientes entre nosotros, no ocurren sólo en las ciudades; si se observan los pueblos, veremos cómo en ellos padecen el mismo mal.

Muchos industriales han conseguido, después de bastantes años de trabajo diario, reunir algunas riquezas. Con gusto edificarían ellos su casa propia, ó edificarían otras para los fines que tuvieran por conveniente; pues, sin embargo, no pueden hacerlo. El te-

rrateniente no se resigna á abandonar su propiedad; ha adquirido la experiencia de que los años y la colectividad van dejando caer sobre ella parte de su esfuerzo traducido en oro, y no hay manera de obtener esas tierras sino mediante el pago del precio que alcanzarán cuando pasen muchos años.

Pero no es éste todo el mal; donde el verdadero peligro radica es en los puntos estratégicamente comerciales. Un capricho ó una circunstancia hace que el comercio ó la industria se condense en un punto determinado. Desde ese momento, los comerciantes ó los industriales que hayan tenido la fortuna de encontrarse situados en ese punto, necesitan ensanchar más sus almacenes, su tienda, etc., para dar satisfacción á la demanda. El propietario espera esta ocasión para contestar con una silenciosa negativa á las peticiones del comerciante. El tráfico sigue aumentando y el industrial ve cohibida su acción y sus afanes por los límites de su local, por la intransigencia del arrendador; torna á suplicar, pero es inútil. El dueño sabe bien cuán-

to vale cada una de sus negativas, y procura repetirlas.

Todo esto significa poner trabas al comercio, fomentar el *unemployment*; pero es lo que los propietarios contestan: cada cual va á su negocio. Y el precio exagerado de la tierra conspira contra los intereses nacionales, pero fomenta los del particular.

Por fin, el comerciante se resigna á dar á toda costa amplitud á su negocio, y como éste no se puede fácilmente transportar, ni de ello resultaría otra cosa que la ruina, cede y deja una buena parte de su dinero en las arcas del propietario, quien ve aumentar el valor y la renta de sus dominios sin intervenir para nada en la mejora de ellos, ni arriesgar ninguna clase de capital.

Una infinidad de personas tienen el dinero bastante para edificar, tienen una cantidad que pudieran y aun pretenden emplearla en una construcción, pero el elevado precio del terreno los detiene en sus propósitos, y las industrias necesarias á las construcciones, pade-

cen la crisis, y los albañiles y sus similares se hallan sin empleo, y es un número considerable de gente la que sufre las consecuencias del precio elevado de la tierra.

Con todo ello, ¿qué se consigue? Echar de casa al capital.

Los lores, el partido conservador, han pretendido ser los únicos monopolizadores de todos los beneficios de la nación, y su egoísmo ha ido excluyendo de la vida económica á todos los intereses ajenos á ellos. Hasta hoy, han contado para su obra con el apoyo del gobierno, constituido por ellos mismos; el pueblo, por negligencia ó ignorancia, tampoco se oponía, y nosotros, que éramos una minoría insignificante, lo cual nos suponía apartados de la opinión, distanciados de las grandes masas, asistíamos á esta obra con la rebelión en el espíritu solamente. No podíamos hacer más. Estábamos muy solos en aquel entonces para haber pretendido intentar un movimiento de ruda oposición. Hubiera sido temprano para ello, y les habría sido fá-

cil aniquilar nuestro partido. Y quién sabe si á estas horas seguiría en igual forma aquel estado de cosas. Evolucionaron en favor nuestro las ideas, y en estos tiempos hemos planteado la oposición á ese gobierno, informado tan sólo de preocupaciones egoístas particulares. Contamos con la opinión, y de este modo, nuestras reformas van á ser prontamente realizables, y los capitales nacionales podrán encontrar ancho campo á sus especulaciones, porque acabaremos con esos privilegios de los lores que han detenido la marcha de nuestra floreciente prosperidad.

Mucho se ha hablado acerca de los capitales que emigran. Claro está; el capital necesita para vivir facilidades, un radio de acción grande, amplio, sin obstáculos, y si aquí, en vez de darle todos estos requisitos necesarios para su vida, lo cercamos, lo reducimos con nuestros egoísmos, es natural que en cuanto pueda escape de nosotros y busque los lugares á propósito para su vida y sus aspiraciones.

Por datos que tenemos á la vista, facilitados por el

Ministerio de Comercio, á millones de libras ascienden los capitales que han dejado estos dominios por otros más liberales y menos interesados. Si al capital inglés se le dificulta el tráfico en su propio suelo, indudable es que ha de buscarlo en otros países donde pueda desenvolverse libremente. El capitalista que no se resigna á tener sus riquezas muertas, busca á ellas, como todo traficante, un interés; no lo halla aquí, y se marcha donde con más facilidad pueda encontrarlo, generalmente en el suelo argentino. Si en el suelo inglés puede emplearlo con el mismo beneficio que en aquella República del Sur de América, el capital no se marchará de Inglaterra, pues la experiencia dice que el capitalista prefiere emplear su dinero en su propio país, donde le es más fácil conocer la marcha de los negocios y se orienta mejor en los vaivenes comerciales, á arriesgarlo en puntos donde no conoce la manera de ser del comercio, comerciantes, etc.

Sobre esta cuestión particular, debemos llamar muy especialmente la atención de la Cámara Alta, la de los

conservadores en general, la de esos señores que la componen, partidarios acérrimos todos ellos del proteccionismo y del comercio interior. Por todos los medios posibles, querían estos atender con gran cuidado al tráfico interior, al comercio nacional, porque en su sentir, en él radica exclusivamente la vida de Inglaterra; por tanto, pretendían todos los cuidados, todas las facilidades, todos los prestigios para el comercio, que no trascendía más allá de nuestros territorios. Pero llega, como en este caso, la circunstancia del precio de la tierra, nos encontramos con que casi toda la de Inglaterra está en su poder, y ya no es el comercio interior, ni el proteccionismo, ni la prosperidad nacional lo que les inquieta, es su propio interés.

Esta absoluta disconformidad entre sus actos y sus ideas, es lo que ha desprestigiado más pronto la fuerza moral que en la política tenían los lores.

El pueblo acaba de ser convencido, no por nosotros, sino por la conducta de los conservadores, de que la gestión de estos en el gobierno del país ha sido pro-

fundamente perjudicial á las clases trabajadoras, pues la preponderancia comercial que Inglaterra disfruta desde hace muchos años, ha podido aprovecharse también en favor del proletariado y no ha sido así desdichadamente: los *Tory* han despreciado todo lo que no estaba subordinado á sus intereses. Y de este modo, ha ido propagándose el *unemployment*, y hoy existe en las ciudades un exceso de trabajadores sin empleo, que dificultan la vida á sus compañeros porque ofrecen su trabajo á muy bajo precio. De todo ésto es únicamente responsable el partido conservador, que se encastilló en el egoísmo y rompió el arado como un trasto inútil.

Vamos á hacernos la ilusión, siquiera por un momento, de disfrutar en este país un sistema nacional respecto á la propiedad, al valor, al precio y al cultivo de la tierra. ¿Qué sucedería? Fácil es preveerlo. El pueblo volvería á ella sus ojos, para encontrar un objeto donde aplicar sus fuerzas, hoy en holganza, ni más ni menos que lo que hace ahora en las grandes ciudades,

por no encontrar en las villas ese deseado objeto para desenvolver en él su actividad.

El pueblo rural, no sólo por su oficio sino por simpatía, prefiere el campo á la ciudad, y ese sistema ideal de que hablamos, congregaría otra vez en nuestras llanuras á esa población dispersa, y en pocos años harían de nuestros yermos campos fecundos, con cuyos productos vendría un impulso vigoroso á la producción y un equilibrio en la distribución de la riqueza.

Por todos conceptos hay absoluta necesidad de convertir en hechos estas ideas y hacer volver á su tierra á tanto compatriota como anda por esos mundos, pidiendo trabajo con el mismo tono suplicante como se pide una caridad. Es preciso que los trabajadores de esta nación vengan á ella, y funden sus esperanzas de vida, no en la esplendidez imaginaria de los días del proteccionismo, sino en algo más sólido, en algo más efectivo, en el cultivo de estas grandes extensiones de terreno, dedicadas hoy á cotos de caza y á otros sports,

que dan como único resultado una satisfacción á las ideas vanidosas del propietario.

Hay que acabar con este estado de cosas, ¿cómo? por medio de los impuestos, gravando sin consideración estos gustos que tan caros cuestan á la nación. ¿Es de una manera tiránica como los propietarios ejercitan sus derechos de dominio?; pues del mismo modo debe ser como el Estado ejercite sus facultades en la creación de impuestos para atender á las necesidades suyas.

En una tarde de otoño recorría para informarme por mi propia observación los pueblos de mi distrito. Salí á los campos y sentí una gran tristeza: extensos, verdes de jugosa yerba, y de trecho en trecho, rayados por las líneas blancas de largas barreras, plantadas para hacer saltar á los caballos. No había ni una pequeña parcela de terreno cultivado; el arado no arañaba en aquellos campos. A lo lejos, un castillo señorial levantaba á lo alto sus agujas medioevales. Había en todo aquello una paz de abandono. El cielo estaba cubierto en su totalidad de una niebla blanca y densa; parecía

un ropaje de fina lana. Sólo en el Occidente una banda luminosa, del más rico color de oro, rompía la monotonía del cielo. Todo ello me pareció una imagen del proteccionismo: había en el cielo los colores agradables de los días tranquilos; aquellas nubes suaves y finas, como una tela de lana blanca, habrían bastado para dar calor y cubrir las carnes de los desventurados; aquel oro del Oeste, líquido y luminoso, era suficiente para haber manumitido á las masas esclavas por sus necesidades del jornal diario. Pero si el lienzo y el oro aquél hubieran caído de los cielos, nos hubiéramos mojado, el vapor de agua habría aterido nuestras carnes.

Así es el cielo con que nos brindan los proteccionistas, fastuoso, lleno de colores suaves, que en las ideas tan sólo pueden tener su vida; si queremos hacerlos descender á la Tierra, el hambre y la ruina se apoderarán de nosotros.

En nuestra vida hay que ir dejando atrás las esperanzas, pues si nos dedicamos á vivir de ellas, alcan-

zaremos difícilmente días soñados de ventura; las esperanzas se inventaron para los débiles. Los fuertes no esperan nunca. Por eso debemos asirnos á nuestra situación actual, y no aguardar esas delicias con que nos brindan los lores, en el caso de implantar en esta nación el proteccionismo.

Volvamos la vista al pasado.

La Historia es algo que los pueblos deben tener siempre presente, para no desviarse en su marcha y ajustar su conducta á las circunstancias del momento, pero sin despreciar las de los tiempos pretéritos. En ellas está la enseñanza, en ellas se contiene una experiencia tan clara, que puede servirnos de admirable consejero. La Historia nos habla hoy de un proteccionismo pasado; la Inglaterra de entónces, para este caso concreto, era como la Inglaterra actual. Se estableció el proteccionismo, se cerraron las puertas al comercio libre; pero por esas mismas puertas se nos entró el hambre y la miseria, y por las mismas salieron también nuestras fuerzas vivas, nuestros hombres, en

busca de un trabajo que aquí no hallaban; en demanda de un amparo á su industria, cohibida por las limitaciones tiránicas de la protección.

Pero no circunscribamos nuestras observaciones á la propia patria, miremos más allá y veremos cómo en Alemania el proteccionismo les ha llevado el pan negro.

Todos estos ejemplos prueban suficientemente lo arriesgado que sería un cambio en nuestro régimen comercial. Y si ello resulta tan claro, y de una manera tan concreta se ve ese peligro, ¿á qué la pretensión de tornar á ensayar ese rancio sistema? Nos parecería esto incomprensible si los terratenientes y los lores no hubieran sido, á pesar de sus malicias, tan sumamente ingénuos. Todos hemos comprendido bien que por cualquiera de los medios posibles tratan de esquivar esos impuestos de los que tan necesitado se encuentra el Estado para desarrollar su acción social y llevar á la vida la intención de las izquierdas democráticas.

A todo trance hay que poner en disposición de ser cultivados los campos de este país. La tierra no hace

promesas para dejar de cumplirlas; no excita las esperanzas en el tiempo de la siembra para producir el desencanto en la época de la cosecha. Ella recoge bien el esfuerzo del hombre y lo devuelve remunerado con exceso. Jamás engaña si se le prestan cuantos cuidados requiere.

Pues bien, á pesar de esta certidumbre que está en la conciencia de cada individuo, los campos ingleses están años y años sin producir, representando en la vida económica un papel de lujo y gravitando sobre las espaldas del pueblo, que es quien paga la mitad de los impuestos con que contribuyen á las necesidades del Estado, en virtud de una famosa ley, promulgada con el fin de *no dificultar la producción agrícola nacional*.

El pueblo, hasta ahora, ha ignorado, al parecer, esta ley bochornosa; mejor dicho, la ha sufrido sin contrariedad alguna; porque el pueblo no sabe preocuparse individualmente ni aun de las cosas que más directamente pueden afectar su vida. Los individuos que

componen las masas apenas saben distinguir lo que les conviene; no discurren sino agrupados, y la vergüenza de la sumisión no la sienten sino reunidos. Cuando aquella ley se promulgó, nadie hubo que osara rebelarse contra ella; en el espíritu de cada individuo produjo una sensación de ira, pero allí quedó. Tal vez, convencidos de su impotencia, prefirieron callar y pasar como ignorantes de tal medida, á dar publicidad á sus sentimientos y tener que resignarlos al poder. Mas, cuando el pueblo no calla ni se resigna, es cuando un hombre cualquiera le dice públicamente y reuniendo á todos la transcendencia que tiene para considerarles como culpables de su estado su conducta tranquila, sin las inquietudes del pensar ni las rebeliones contra lo injusto. Entonces genera un estado de opinión social, latente desde tiempo antes en la mente de cada individuo; entonces es cuando las masas piden á una voz lo que legítimamente les pertenece y entregan el poder de su criterio al hombre que ha sabido despertar en ellas un sentimiento justo, dormi-

do por las influencias de un convencimiento insano.

Esta es la situación actual de las masas inglesas. Frente al poder de los señores no deponen su actitud y siguen en el empeño de obtener lo que es suyo.

Este es uno de los esfuerzos más grandes de los realizados por el pueblo inglés. La transcendencia de su actitud señalará indudablemente una nueva dirección, en sentido favorable, claro está, á la economía nacional. La tenacidad es la única virtud que en estos casos hace triunfar las ideas, y, sobre todo, cuando estas ideas van informadas de un espíritu justo. El pueblo inglés va á realizar el milagro de aplastar á la plutocracia.

Todo eso nos va á traer uno de esos cambios radicales en el comercio particular y los del tráfico nacional, cambio que sabrán aprovechar los ingleses para elevarlo al nivel de la oportunidad.

Está cerca ese día en que el obrero reciba del Estado todas cuantas atenciones éste le debe. El *unem-*

ployment vendrá á ser algo que quede para la Historia.

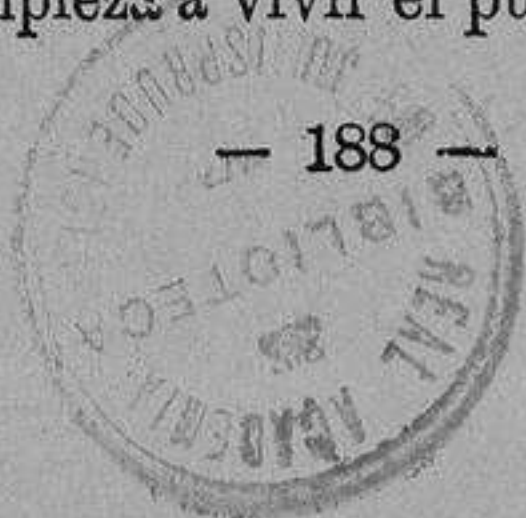
Pretendemos tan sólo elevar la condición de nuestros obreros, dar toda la efectividad que tiene en la Etica el derecho á la vida, ahuyentar el hambre de nuestro suelo y hacer libre al obrero. Lo demás ya no nos importa tanto; lo demás es bueno, y ello es suficiente razón para que no incurramos en la locura de querer reformarlo.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	5
Los señores.	15
I.—¿Quién ordenó que unos cuantos tuvieran la tierra de Inglaterra como una regalía? . .	17
II.—La intransigencia de los lores ha origina- do una grave cuestión.—Por fin, la des- avenencia entre el pueblo y los señores se plantea en debate.—Ha llegado el tiempo de contener la preponderancia de la Alta Cámara.—¿Qué es la Cámara de los Comu- nes?—Cómo trata á los hombres de nego- cios la Cámara de los Lores.—¿Es ésta re- presentativa?—Por qué los lores no apro- baron el presupuesto.—Hay una gran dife-	

<p>rencia entre proteger á los propietarios y proteger á los obreros.—La nación más pródiga es la que desperdicia libertad.—El veto.</p>	<p>23</p>
<p>III.—La parcialidad de una Cámara.— Los <i>bills</i> de la educación y reforma electoral. .</p>	<p>41</p>
<p>La Tierra.</p>	<p>51</p>
<p>I.—Una carga pesada.—El fraude al pueblo. Un sistema intolerable.—La propiedad de la tierra no debe representar sólo la idea de placer.—Los terratenientes no quieren pagar impuestos que graven la tierra. . . .</p>	<p>53</p>
<p>II.—El desarrollo de nuestra prosperidad.— Los medios del Estado.—Reformas que in- troduce el Presupuesto.—Los nuevos im- puestos.—Contra la renta excesiva, no con- tra la industria.—Los ciudadanos y el Es- tado.</p>	<p>71</p>
<p>El pueblo.</p>	<p>91</p>
<p>I.—Cómo empieza á vivir el pueblo.—La sen-</p>	



da nueva.—Pensiones para los ancianos.—
 Qué van á remediar los nuevos impuestos.
 —La opinión y el Presupuesto. 98

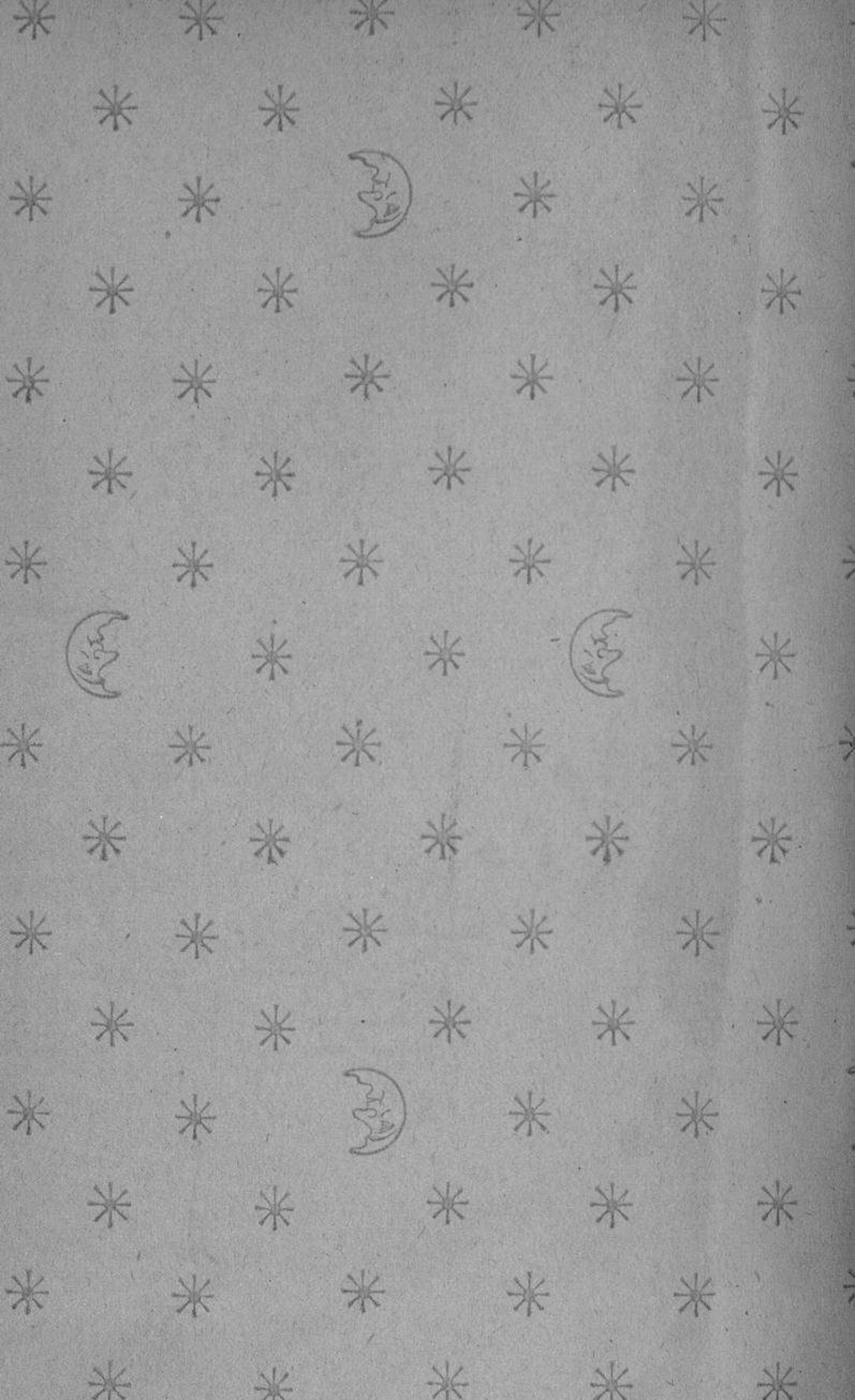
II.—Notas del Presupuesto liberal.—El im-
 puesto sobre la renta.—La historia explica
 la actitud de los lores. 105

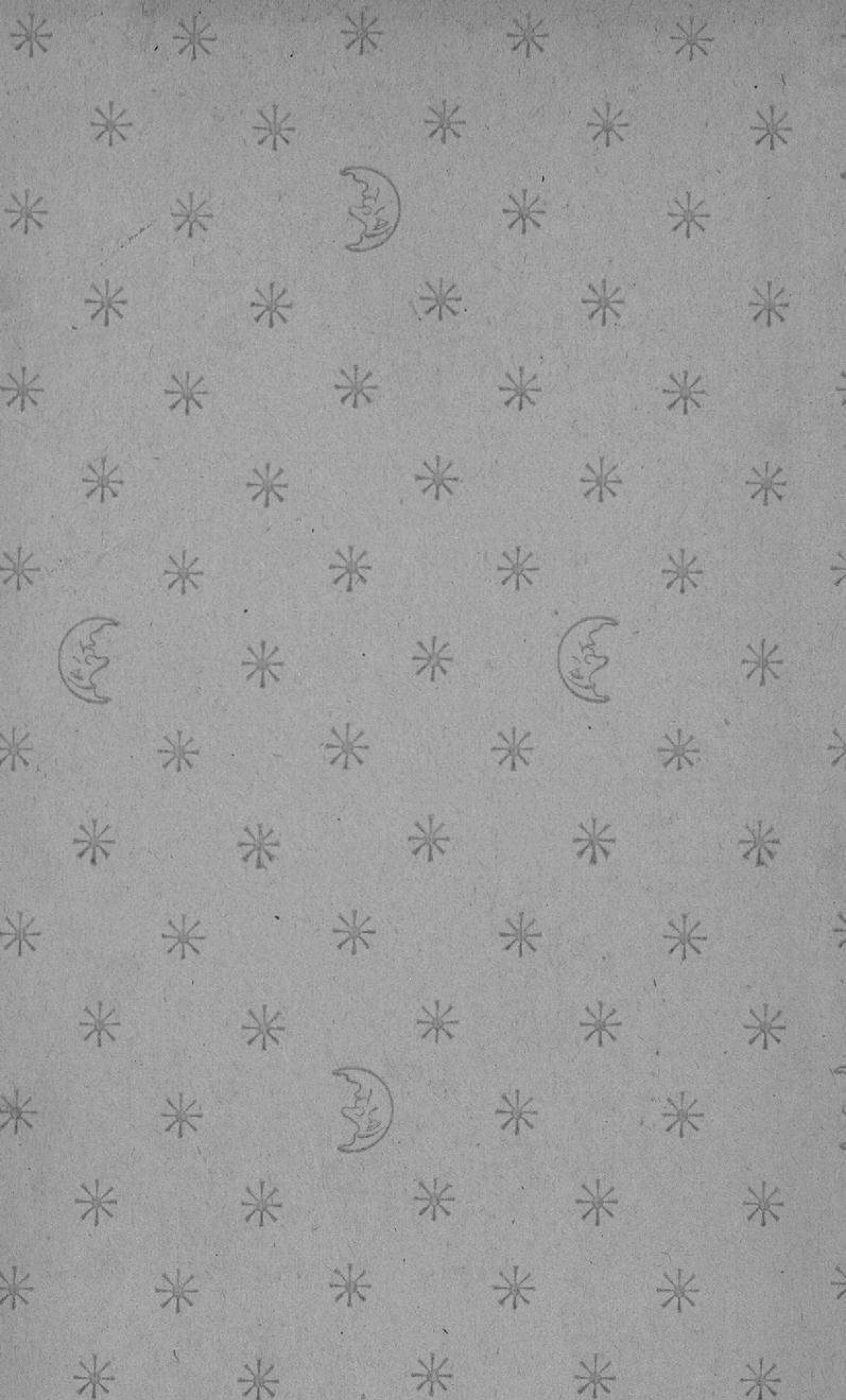
III.—El pueblo y sus representantes.—La ac-
 titud de los lores respecto á la ley de pen-
 siones para ancianos.—Proteccionismo y
 librecambio. 113

IV.—Más notas del presupuesto. 153



La presente obra es propiedad
de los traductores. Nadie, sin
su permiso, podrá en España
traducirla ni reimprimirla.





1/3

LLOYD GEORGE

—

LOS SEÑORES

LA TIERRA

Y EL PUEBLO

—

1/3708